

# LA FORTUNA DE UN PERRO

CÉSAR ILZIVIR

PROGRAMA  
EDITORIAL  
CHIHUAHUA



2022





# ÍNDICE

Viaje a la semilla de las historias, en la afortunada sombra de un perro .....	9
La fortuna de un perro .....	12
Dunas de Marte.....	39
In rigor more this.....	44
Un <i>hartiſla</i> en el alambre.....	47
La agonía .....	51
Sobre cómo matar un árbol desde la raíz .....	56
El jardín.....	60
La postal (o Historia de las dos que murieron).....	65
American Express.....	68
Mi perro Diógenes.....	72
Soy Dios ( <i>Para Nich</i> ).....	76
Crimen confeso .....	79
Pezones de jade .....	82
Rumiando con mi sombra .....	84
Top duck .....	86
La insoportable profesión de Godzilla Jr.....	88
Día del juicio.....	90
Hipopótamos azules .....	92
Zapatos rotos ( <i>Para el chofer que nunca tuve</i> ).....	93
Las manchas .....	94
Anomia marital .....	95
Óleo sobre piedra .....	96
La culpa.....	97
Mujer a espaldas tuya.....	99
Sobre qué hace una celebridad un lunes por la mañana .....	101
Alarma perdida .....	103

# La fortuna de un perro *y otros relatos*

CÉSAR ILZIVIR





**Marco Antonio Bonilla Mendoza**

Presidente Municipal de Chihuahua

**María Fernanda Bencomo Arvizo**

Directora del Instituto de Cultura del Municipio

---

Vocales Editorialistas

**Gustavo Macedo Pérez**

**Victoria María Montemayor Galicia**

**Arturo Loera Acosta**

**Luis Fernando Rangel**

**Nidia Paola Juárez Méndez**

---

**Ramón Alejandro Carrillo Mercado**

Programa Editorial y Fomento a la Lectura

**www.lacreatura.mx**

Diseño y maquetación

**Tzeitel Velo**

Corrección de estilo

**Lic. Abraham Hernández Cruz**

Arte de portada

Instituto de Cultura del Municipio de Chihuahua  
Avenida Juárez y calle Sexta,  
#601, C.P. 31000, colonia Centro.



*e*

PRIMERA EDICIÓN

AÑO 2022-2023

Chihuahua es capital de jóvenes escritores, mujeres y hombres que han encontrado en la palabra una herramienta para construir nuevas realidades, más humanas, más habitables.

El Programa Editorial de Chihuahua (PECH), que el Gobierno Municipal despliega a través de su Instituto de Cultura (ICM), representa una plataforma sólida para las nuevas generaciones de ensayistas, dramaturgos, novelistas, cronistas, cuentistas y poetas.

PECH es semillero de las letras en Chihuahua capital; a través de este programa, nuestra ciudad se adentra en el territorio de escritores emergentes y con trayectoria.

Para toda mujer u hombre que se dedica a la literatura, la oportunidad de ser publicado representa el despunte de su mayor pasión, una que, a su vez, llevará a los amantes de la lectura en la conquista de mundos mejores.

El Gobierno Municipal cumple, y prueba de ello es nuestro programa editorial que, desde su creación hasta esta edición, alcanza las 47 obras publicadas dentro de sus tres colecciones: Soltar las Amarras, Escritores con Trayectoria e Historias de mi ciudad.

Así, a través de la palabra escrita, de la literatura, de ideas frescas y escenas imaginarias de nuestra cotidianidad, hacemos de Chihuahua capital un municipio de escritores, jóvenes mujeres y hombres que con su intelecto y disciplina hacen de Chihuahua, la capital que da norte a México.

---

**Lic. Marco Antonio Bonilla Mendoza**

Presidente Municipal de Chihuahua

No todas las personas que empuñan un bolígrafo o se inclinan sobre el teclado quieren desplegar un universo de ficción, pero todos pretenden ejercer idéntica maravilla: la transmisión del pensamiento.

**(Millán J. A. en Gómez Font et al.,2015, p.5)**

**E**l pensamiento crítico es clave para el desarrollo integral del humano, y no hay mejor forma de desarrollarlo que mediante la escritura. Podría decirse que redactar es una herramienta para comunicarse, pero esta definición no le hace justicia a la maravilla de la escritura hecha literatura, donde aquel que porta la pluma entra a una realidad del pensamiento y articula ideas, vivencias y sueños al nivel de la conciencia para poder ser entendido por un afortunado lector. En el Programa Editorial se tiene como principal objetivo no solo publicar, sino ampliar el alcance de esas historias, historias que nacieron entre nosotros y deberíamos sentirnos orgullosos de tener en nuestras manos.

Entre cuentos, poemas y ensayos se da a conocer la esencia del escritor chihuahuense. Me es muy grato presentar a los autores que en esta edición publican su obra, algunos ya conocidos, otros emergiendo con su primera publicación, pero todas y todos ahora formando parte del acervo literario cultural chihuahuense. Enhorabuena.

---

**María Fernanda Bencomo Arvizo**

Directora del Instituto de Cultura de Municipio



## Viaje a la semilla de las historias, en la afortunada sombra de un perro.

**E**ste libro, que ahora habitas, es una muestra orgánica de lo que el quehacer literario alcanza cuando se encuentra de golpe con la vida. Un proceso de ficción realista que desentraña vertiginosamente la complejidad de las pasiones humanas; sobre todo, cuando se enfrentan a esas existencias que lucen surrealistas de tan confusas -o cuando se contemplan las épocas antiguas, los sueños, el profuso universo y todo lo que conlleva.

Entre soberbias descripciones que guían a los ojos lectores mientras se internan en cada anécdota; el autor siembra los detalles, los secretos, de una forma paulatina y envolvente. Así, conforme los cuentos avanzan, persiste la sensación de internarse en un mundo indescriptible: lo mismo en la maleza de un monte que no termina de mostrarse, en una hermosa civilización de plantas sabias y espirituales, o en las inhóspitas dunas de marte.

Rencho, Tapadera, y el resto de los personajes que desfilan por estas páginas -además de las reminiscencias a deidades y pensadores de otros tiempos-; permanecen absortos en la complejidad de sus realidades internas. Las cosas que los rodean, y las situaciones en las que se ven envueltos, parecen más una justificación de sus destinos, que una apertura para crear nuevas posibilidades.

Uno piensa, de pronto, que todo está escrito; pero que puede recomenzar cuando es tocado por una nueva imaginación -y luego otra.

No hay aquí historias vacías; al contrario, todo lo referido se apoya en un conocimiento magnífico de los conceptos, y un enfoque filosófico sobre el hastío y la forma en que las personas tratamos de

luchar contra las determinaciones que nos conducen -a veces sin ningún rumbo.

Así también, se nos presentan dilemas como la evolución, el pensamiento mágico, la vida en sociedad, el amor, y todo aquello que nos preocupa y nos manifiesta la necesidad de hacer alguna búsqueda; de aventurarnos a cierto viaje.

Veamos -por decir algo- en Marga, Crisma y Jinx, representaciones muy diversas del deseo y del anhelo por sentir un cariño real en un devenir tan mundano como éste; que nos conduce desde el lunes hasta el viernes, y nos regala dos días de placer, de éxtasis, de ausencia, para volver después a la rueda que no ha dejado de moverse, aunque nos bajamos un momento.

César nos propone repensar la muerte, y la eleva desde la humedad del suelo para equipararla con la avidez de persistir y la angustia de que nada sea permanente.

Considerando el carácter visual de la obra, las evocaciones del pasado (o del futuro, como premoniciones obligadas), aparecen con frecuencia para engrosar los hilos conductores que tejen las acciones contenidas en el volumen.

Para el autor, nuestros mayores logros se traducen con frecuencia en luminarias del exceso.

Podría decirse que, a la par de las narraciones, se gesta un estudio antropológico que rescata elementos esenciales de la actual cosmovisión globalizada, en su filtro local que transmuta todo mediante la ineludible idiosincrasia mexicana. El humor -entonces- surge entre los demás aspectos como una llave para destapar la inocencia que habita las expresiones soeces y los escenarios grotescos -en una especie de tregua con la estética y la liberación del ser en su totalidad.

Esa contemplación que se hace con lupa, desnudando los rasgos más pequeños, los pormenores que a una mente menos entrenada se le escaparían o le resultarían insignificantes; son gran parte de la materia que le da unos cimientos tan vigorosos a este cuentario.

La experiencia que reflejan estos relatos reafirma la importancia de los detalles; en una búsqueda por ofrecer, más allá de meras secuencias de acciones, una experiencia completa que permite coexistir y recrear los acontecimientos referidos.

Algo que destaca con bastante relevancia, es la impresionante variedad de temas. En verdad que es fascinante la creatividad que se advierte; tomando en cuenta el hecho de que nos hallamos en tiempos críticos para la inspiración -por llamarle de alguna manera al esfuerzo y la constancia de quien se dispone a crear. Las propuestas aquí son intrigantes, novedosas; lo sabemos desde el título tan potente.

Finalmente, entre los desvaríos de una cinéfila con dolor de espalda, el misterioso asesinato de un político, la extraña existencia de los hipopótamos azules, el recuerdo melancólico de la mujer perdida, el sopor de los fármacos, la agobiante vida de Godzilla y el valiente final de un perro llamado Diógenes; estamos ante un libro de esos que podemos llamar *obra maestra*. Un compendio que costó, no sólo los años de trabajo frente a la computadora, o escribiendo con pluma negra sobre algún cuaderno en algún espacio de este globo; sino la energía y las emociones con las que el autor preparó estos multiversos maravillosos, avasalladores, nítidos.

**Por Gerardo Robles**



## La fortuna de un perro

## I

El cadáver tenía dos heridas de bala, una en las costillas y otra en el hocico. Los oficiales, que rápidamente bajaron, apuntaron hacia Silvestre con determinación, lo arrastraron y luego lo ataron contra el grueso tronco de un pino.

—No quiso ni pelear —dijo uno de voz ronca.

—Ándale, pinche puto, córrele con tu vieja a chillar —  
rio otro.

Un tercero jadeaba mientras lo pateaba en el estómago.

—Pinche gordo, no te vayas a cansar, déjame le doy otra calentadita —interrumpió el primero.

El sofocamiento le impedía ordenar su mente, que ya no perseguía un porqué; sólo recordaba cómo había permitido que todo se le saliera de control.

## II

La noche anterior brillaba una luna inmensa, de una redondez imponente que sobresalía de las nubes y las siluetas de los cerros. El camino a casa colindaba con despeñaderos de gran profundidad, trazados sobre una sierra soberbia. Silvestre tuvo que ir a pie esa noche.

—Está largo el tirón —suspiró mientras bordeaba una profunda huella de llanta que se extendía varios metros.

Al llegar encontró a su mujer completamente ebria, sentada sobre un tronco y mirando al suelo. Junto a ella estaba una botella de sotol vacía. Silvestre entró sin decir nada, se quitó las botas y se acostó en un catre; el perro se acercó a olerle los pies. Al sentir su presencia, la mujer le lanzó la botella y le gritó intentando levantarse:

—Le dije que ya no lo quería ver acá.

La casita estaba hecha de piedras unidas por una mezcla de tierra con hierbas. Erinia ya había encendido el quinqué y su débil llama tiritaba por el viento que se filtraba en los huecos del techo. Aquella reacción era común: siempre que Silvestre regresaba de trabajar. Se había vuelto un rito que no podía ignorarse.

—Aquí las autoridades no sirven para una chingada —se repetía entre dientes.

Se le juntaron varios años en la frente, y su mal carácter aumentaba a medida que su figura ósea decrecía bajo un desteñido faldón bordado. Habían caído en un balanza injusta, en otro tiempo el cambiar a su hija por un puñado de tierra para trabajar habría sido lo más cuerdo, pero ya no era posible; tampoco casarla, como le habían hecho por generaciones, sin preguntarles con quién ni por qué, como a su madre y a la madre de la suya, por un tramo de tierra, algún marrano o el sotol con el que se embrutecen en las fiestas. Pero imaginarla partir a punta de pistola le revolvió el estómago, pensando siempre a dónde iba a dar y los pecados que habría de cometer.

Esa noche Silvestre se veía más serio que antes.

Había regresado después de tanto. No tenía el mismo semblante que hacía un par de meses, pues entonces parecía meditar algo más profundo: «venganza», se repetía a sí mismo, sus ojos sólo mostraban odio y desesperación.

### III

Juan Tapadera visitaba con mucha frecuencia *El gozón*, un putero en las afueras de la capital donde hombres que no sabían qué hacer con sus noches, en su mayoría sicarios y uno que otro viajero desvelado, buscaban entretenerse. Hasta ese tiempo y por muchos años Tapadera no había salido de sus hábitos: se levantaba temprano

para alimentar a sus animales, al caer la tarde bajaba al pueblo, para después pasear solitario en la plaza hasta escuchar tronar las campanas de la iglesia e ir a dejar el diezmo.

—Es un hombre de Dios, se la pasa en misa —decían los lugareños que lo conocían.

Pero entonces ya no se inmutaba por el sermón y al terminar de trabajar se montaba en su troca y conducía cien kilómetros hacia la capital. No era un tipo ruidoso, casi no escuchaba música norteña, más bien se entregaba al pensamiento durante el trayecto. Ya dentro, se sentaba solo a vaciar la hielera de tecates rojas que doña Meche le iba sirviendo cada tanto. Se clavaba en algunas muchachas que servían cerca del escenario, y aun sin llegarse la hora en que comenzaba el show, ya estaba sudando alcohol junto a alguna de ellas, intentando no ignorar su prosaica personalidad.

Con sus manos ásperas de campesino comenzó a dislocar cuellos de aves y atravesar corazones de cerdos; era un modo de sacar la frustración por llevar un apellido importante en la comunidad y no tener más que tierras y ganado; era también algo que había aprendido tempranamente, pero a pesar de la mucha retribución que luego lo convirtió en el matancero del pueblo, tenía una personalidad insatisfecha, unas ganas de torcerlo todo con las manos. Sólo tenía una herencia, le parecía poca cosa ante el rechazo de su familia paterna. Cuando le preguntaban de dónde sacaba dinero para irse en su Chevrolet a «pistiar» cada noche, alardeaba con historias violentas de narcotráfico y cómo sus sembradíos eran generosos con la billetera.

Una tarde en que Crisma visitó el pueblo, Tapadera la advirtió rápidamente: tumbado en el porche del *Cuatro vientos*, la cantina del pueblo, el mundo se detenía para él. Aunque no le quitaba el ojo de encima, seguía empinando neciamente una botella de te-

quila; luego, en sus pensamientos de alcohólico creyó ver la luz del amor. Ese día se celebraba la feria de cuaresma, cuando las mujeres salen a caminar en la plaza para conseguir un novio, o con suerte alguna promesa de matrimonio, pues los adinerados de la región llegan de las rancherías. Crisma era más joven que las demás, poseía una belleza inverosímil para un cuarentón a quien se le metió la idea de desposarla. Nunca antes se había sentido tan ansioso por alguien, menos por una hembra en ciernes. Apuró el vaso, carraspeó y fue a su encuentro.

Desde aquel día la tomó como un sortilegio, lo motivaba el no encontrarse con una mujer como las que le servían profesionalmente, sintió que al fin podría tener una mujer para su vida. Pero no fue así. Le obsequiaba todo tipo de enseres y la cuidaba de otros hombres que la cortejaban (algunos sólo la tenían como objeto de depredación, él la deseaba por su inocencia). Aunque tenía poco en la pubertad, Crisma aparentaba una edad mayor.

Luego, lo que comenzó como una molestia para Erinia y Silvestre se convirtió en un asedio de cartas con mensajes, obsequios traídos de la capital, entre otros muchos detalles que enviaba con Nepomuceno, su ayudante del rastro cuya deuda por putas y cigarros le impedía negarse a cualquier tipo de favor. A pesar de que la joven se le había negado desde el principio y de haber sido amenazado por Silvestre, Juan Tapadera le seguía la pista.

*Siempre me ha gustado tragar cerveza y tequila, pero ahora que la estoy cargando a ella, se me ha juntado la soledad, y el licor es más fuerte para olvidar-la. Es algo de lo que uno no se da cuenta hasta que se ve metido entre los pechos abultados de una hembra, el cómo se endurecen los pezones y luego se sienten como dos botones que, al tenerlos pegados al pecho, comienzan a temblar las manos y luego la voz. Eso es lo que me hace llevarlas al cuarto de atrás, cogérmelas y luego aventarles el dinero en las nalgas; salir con los huevos desinflados, medio*

*triste, a dormirme en la troca hasta que se me baje la peda. Pero esa mocosa me trae encabritado, nomás no me la puedo sacar de la cabeza...*

Cuando Crisma llegó al pueblo tenía catorce años, su casa estaba muy lejos como para caminar diariamente a estudiar la secundaria. Su madre la mandó a casa de doña Ermegilda, una anciana que vendía ropa y quien a cambio de ayuda doméstica le ofreció comida, agua tibia y un catre donde descansar.

Tanto pensó aquel matancero en cómo olvidarse de la joven, que sintió coraje por permanecer desposeído, por la ansiedad que da desear un imposible; y decidió agarrarla por la fuerza. Pero no lo podía hacer solo, necesitaba pensar cómo lograría llevarla a su rancho, desposarla, preñarla y vivir felices como lo hacían en las películas antiguas. Y así decidió, finalmente, tomar la sartén por el mango.

Como cada año, algunas chicas aburridas en la plaza tomándose una nieve de garrafa, otras coqueteando con sombreroudos que tocaban el claxon o le subían al volumen de la música. En la celebración de primavera se cargaba al mismo Cristo llagado, esa reliquia fundacional, o más bien una estatua mal hecha, pequeña, que era cargada desde la entrada del pueblo hasta el atrio de la iglesia, acompañada de la banda municipal, que se detenía al momento en que tronaban las campanas y toda la gente en silencio esperaba el sermón. Pero ese año no había mucho entusiasmo, todo era una disputa de «a ver quién tiene más huevos» entre sicarios entretenidos disparando al cielo o mirando a las «morras».

La mayoría de las mujeres del pueblo no habían preparado el festín tradicional y los hombres volvían de la labor sin muchas ganas, sin fe en el cristo. Crisma estaba ensimismada con las trocas y la música estridente que chillaba en las bocinas, de pie en una plaza abarrotada que albergaba quizá unos trescientos

pueblerinos. Justo recordaba alegremente el carro alegórico que le construyó su padre cuando la escogieron como reina de la primavera en San Ignacio, la ranchería donde se había criado, cuando escuchó la voz de un hombre: «Ni se te ocurra gritar», y luego sintió el frío cañón de su arma a su costado. La arrastró fácilmente y desaparecieron entre la multitud.

Ella no hacía ruido, sólo pensaba en esa voz chillona que la amenazaba a cada tramo.

—Si te asomas, te trueno.

Simplemente intentaba no levantarse. La había arrastrado a punta de pistola y subido a la caja de su troca, obligándola a cubrirse con una chamarra cazadora entre herramientas y botes de estiércol que se fue desparramando por toda la caja. Al llegar al rancho de Tapadera, Nepomuceno la encerró en la casa de su patrón.

—Ahí está el baño, por si quiere cagar o lavarse —vociferó Nepomuceno y se tumbó en un sillón, después prendió un cigarro y se quedó mirando al techo.

—¿Pa' qué me quiere aquí? Si yo ni mujer soy aún. Me vine a tomar la escuela aquí en el pueblo.

Aunque Crisma se contenía, no aguantó mucho y comenzó a llorar amargamente.

—Ya, niña, no llore. Yo nomás la traje, no le voy a hacer nada. Ahí en el refri hay leche y huevo si le da hambre. ¿Sí sabe cocinar, eh?

Era una casa grande, pero sin ningún tipo de detalle: parecía más bien una bodega fría con algunos muebles ennegrecidos por la estufa de leña, un sillón de mimbre y una tele muy vieja que el torvo hombre intentó prender, consiguiendo pura estática.

#### IV

Tapadera llegó al amanecer y encontró a Nepomuceno roncando a un lado de la mujer que era sus ojos. Lleno de ira, le reventó la cara a golpes.

—¡Qué chingados te pasa! —se arrastró aturdido.

—¿Le hizo algo? —se dirigió a Crisma con calma. Luego se sentó en el borde del catre y suspiró.

—¡Cómo eres cabrón, hijo de tu pinche madre! —bramó Nepomuceno, quien se tragaba la sangre que le brotó de la nariz rota. Luego se levantó aturdido, se calzó las botas y salió rápidamente.

A Tapadera no le preocupaba la posibilidad de que estuviera desviada, era puro coraje por no tenerla antes, y sobre todo por ese celo que da la necesidad de sentirse el único. A pesar de que la interrogó toda esa mañana, ella lo negó rotundamente.

Crisma vivía cercada por varias hectáreas de bosque, bajo un claro en el que podían verse aún las estrellas; sentía un vuelco en el pecho apenas recordaba la choza en que vivía con sus padres, o incluso el catre viejo con el que se arrullaba después del quehacer doméstico. Aunque en el rancho de Juan Tapadera tenía todo lo suficiente para sentirse protegida, prefería salir a caminar por la orilla de un riachuelo. Caminaba para no pensar tanto en ella misma. Al principio le resultaba imposible ubicarse, pero luego se fue familiarizando con el entorno, incluso aprendió a cortar leña y jugar al solitario, barajar se convirtió en un pasatiempo que le permitía adentrarse en otra circunstancia; él le proveía más de lo necesario, sobre todo cuando tenía que viajar a la capital y dejaba a Nepomuceno vigilándola.

Decenas de intentos de fuga le enseñaron que no era solo brincarse la cerca, y que la noche albergaba más que un peligro,

no por la soledad de aquellas tierras, sino por el desacato que cometería.

«No hay mucha diferencia, si una se pone a pensar, de estar aquí o allá», pensaba, mientras ayudaba a Nepomuceno a limpiar el trochil o alimentar a los pollos, a veces se entretenía remendando algún pantalón o preparando la cena. Tapadera sentía una extraña satisfacción, pero le inquietaba lo que ella pudiera pensar de él. Se pasaba preguntándole si quería otro vestido, si le gustaba lo que comían, si era feliz. Ella asentía, siempre ensimismada escuchando música sierraña.

Él comenzaba a tomarle importancia a sus gestos y a su carácter voluble; no había depredación mayor que estar sujeta a sus necesidades, correspondiendo a cualquier idea o historia procaz que le contara. «A veces siento que sí me quiere de veras», se decía a sí misma, «por eso me robó, para no sentirse solo».

Pero luego sus maldiciones y el carácter crudo le devolvían la idea de huir en algún momento. Al paso de los días, comenzó a ignorarlo indistintamente, fingía estar cansada o muy llena para coger; cuando le venía la regla se sentía aliviada por no estar preñada de aquel hombre insoportable.

## V

Luego de enterarse de la desaparición de Crisma, Silvestre bajó inmediatamente al pueblo. A pesar de que era algo común en la región, no creía posible que su hija hubiera escapado, como lo indicaba la rentera al momento de avisarle que la joven no había regresado a dormir.

A pesar de que no pegó el ojo en toda la noche previa, fue temprano a la comandancia a poner la denuncia; no era sorprendente que la noticia estuviera en boca de todos, incluso que se especula-

ra sobre el motivo y paradero de su hija. Entró a la comandancia, donde estaba una mujer ensimismada en la pantalla de su computadora.

—Buenas, señora. Vengo a reportar una desaparición... Es mi hija, se llama Cris...

La mujer lo interrumpió sin voltear a mirarlo.

—Tome asiento, señor, en un momento le mandamos llamar.

Silvestre se calzó el sombrero, en señal de asentimiento y se sentó junto a una señora que tejía algo con la forma de un gorro. La mujer continuaba en la computadora, parecía estar entretenida y de tanto en tanto volteaba a mirarlos. Hacía calor y la oficina era muy pequeña, lo que detonó la angustia de Silvestre en una actitud desesperada.

—Tiene que atenderme, háblele al municipal, ¡ahí los estoy escuchando que están platicando quién sabe qué!

—Señor, tiene que esperar el turno, primero va la señora.

—¡Pero vengo a denunciar a una persona desaparecida y usted no me quiere ni voltear a ver!

—Ya mero se desocupa el comandante Ramírez. ¿Sí ve esa puerta del fondo? Ahí está y ya no tarda en salir. Por favor sea paciente. Yo no le puedo tomar la denuncia.

—Pos entonces, ¿pa' qué chingados está usted aquí?

—vociferó Silvestre y salió.

Encendió un cigarro, lo había cargado por horas en el pantalón, y caminó de un lado a otro hasta que se consumió. Pensaba en varias respuestas a la vez, pero ninguna era real en ese momento, no conocía tan bien a su hija como para entender el motivo de su huida. Sabía que Juan Tapadera era una amenaza latente, no lo aceptaba hasta ese momento como la posibilidad más real, pero algo le decía que por ahí iba la cosa. El comandante Ramírez salió a su encuentro.

—Ya pusimos carteles en todo el municipio, no nomás aquí en Rosario, también en San Idelfonso, San Ignacio y todo los pinches santos que se le ocurran, señor —le respondió el comandante Ramírez, un tipo corpulento que tenía un carácter afable.

—¿Qué, ya la habían denunciado? Si yo soy el padre, y según me dice la gente acá afuera que nomás los familiares podemos llenar los papeles.

—Pues sí, es cierto. Pero la señora de la tienda ya había venido temprano, y como a ella usted le dejó la potestad mientras estaba acá en la escuela, ya la denunció hoy más temprano.

Silvestre dudó en denunciar directamente a Juan Tapadera, pero finalmente le soltó la información:

—Mire, comandante, yo quiero hacer la denuncia directa, porque a mí se me hace que se la llevó un hombre.

No sabía también si decir su nombre, por el tipo de represalias que podían tener con él o con su mujer. La impunidad era una constante en ese pueblo.

—Es uno, mire, usted lo conoce, tiene un rastro...

El comandante se caló la gorra y se quitó los lentes para mirarlo fijamente.

—Sí, ya sé a quién se refiere —suspiró—, usted sabe si quiere poner la denuncia directa. Si quiere hágalo, pero si no tiene pruebas o algo, va a estar difícil.

Silvestre sabía perfectamente que no permitirían ensuciar ese nombre, el apellido de la gente pudiente de la región. Simplemente asintió para retirarse.

## VI

La policía municipal volteó todo el pueblo inútilmente. Entre la gente se escuchaba decir que se la habían llevado los narcos «porque

estaba muy chula», otras que la muchacha salía huyendo a Estados Unidos de la miseria que había en su hogar. Puras especulaciones, era casi imposible encontrarla en esa casa construida bajo uno de los despeñaderos más intransitables de la sierra.

El albergue que le ofreció Ramírez no era acogedor, y Silvestre no esperaba otra cosa, pero se sentía absurdamente agradecido, ya que con el frío que caía al sereno nunca habría pegado el ojo durmiendo a la intemperie. *El amigo de Jesús* estaba construido detrás de la parroquia, en donde llegaban a refugiarse mujeres, hombres y niños víctimas de la incertidumbre, así como algún que otro borracho sin hogar.

El jefe de la policía le planteó una ruta para poder localizarla, bajo la premisa de que se había ido con algún muchacho, quizá a la capital. Era un tema común en aquel pueblo, una salida más probable. Claro que después de las primeras 24 horas era más complicado iniciar una pesquisa sin tener algún indicio real, la fiesta patronal era un problema, con la llegada de tanta gente de fuera, iba a complicarse definir una ruta para la pesquisa.

Silvestre aceptó en ese momento, pero no se fiaba de la policía; era una obviedad el que pusiera de su parte en la investigación. Algo más personal.

## VII

A Silvestre, a pesar de ser un hombre honrado y haber cuidado de su hija y su mujer durante años, la frustración lo estaba carcomiendo. Comprendía que Juan Tapadera era intocable, pero necesitaba encontrar la manera de alcanzarlo, de saber dónde estaba Crisma, y si estaba muerta reclamar el cuerpo. Estaba desesperado y la policía no tenía ningún indicio de dónde estaba su hija.

Melesio lo había empleado anteriormente como jornalero y lo identificaba como trabajador y honesto. Sería un buen elemento dentro de sus hombres. Silvestre se había negado en repetidas ocasiones, no le interesaba el dinero, se entendía bien con la naturaleza y el trabajo al sol no lo amedrentaba. Pero en esa circunstancia, la desesperación tras la incompetencia de la policía lo hizo tomar otra ruta.

—Si yo le traigo ganas a ese cabrón desde hace mucho, don Silvestre. Nomás que con los Enríquez no me puedo meter. Si le sirve, podemos ir a dar con su hija, yo le puedo ayudar a encontrarla. A la organización no le conviene que el gobierno estatal nos ponga el ojo con eso de las desapariciones.

—Mire, yo nomás quiero hallarla. Ya meterle una bala a ese cabrón es cosa mía. Nomás dame la oportunidad y te aseguro que no te fallo.

—Ándele pues. Ahorita mismo le tengo la primer prueba.

Así sin más, reclutado por una fuerza superior en aquella tierra sin ley, ese día se puso el sombrero y bajó a la plaza, motivado por el giro que tomaba y la oportunidad de poder hacer algo. Entró a la cantina *Cuatro vientos*, donde un trío ranchero comenzaba a entonar una melodía. Eran «don Acordeón» Jiménez, don Sixtino «el Bajo Sexto» y «el Tololoche» Rodríguez, un hombre de gran estatura que le daba un toque infantil al contrabajo; juntos entonaban una canción que Silvestre no conocía muy bien, pero era simpática y alegre; le quedaba como anillo al dedo. Pidió un tequila doble.

¡Ay! Qué bello es bailar con la muerte  
cuando nos cansa el sopor de la suerte  
y si pudieran ser las canciones de siempre  
yo no dejaría jamás de quererte, muerte.

Y se agitan los huesos al sonoro trombón  
con acordeón y la voz de un tenor  
la mota en el cerro ya está bien verde  
los indios trabajan con fuerza inocente.

Los murmullos eran constantes, pero nadie lo increpaba, pues a pesar de ser un hombre viejo imponía algún respeto. En una mano sostenía el último trago de esa noche, y en la otra un celular que intentaba esconder en el bolsillo del pantalón. Lo miraban porque se veía distinto: a pesar de embriagarse rápidamente, no se tambaleaba; sostenía su mirada en los músicos, parecía no tener ya un alma qué perder.

Corrieron un par de horas y de pronto el celular vibró. Lo sacó y torpemente se metió a un meadero improvisado en el patio de la cantina. Luego de unos minutos, un hombre se le acercó a pesar del chorro de orín que salpicaba en sus botas.

—Aquí te manda el Capi —susurró y le metió una .44 en la chamarra para luego desaparecer.

Silvestre salió al despoblado en medio de la noche. La oscuridad se acompañó de un breve chubasco. Aunque el frío de la lluvia le había bajado la borrachera, comenzó un dolor de cabeza que se fue tornando insoportable. Ya había recorrido ese camino cientos de veces, pero ahora contaba los pasos como si el contar fuera el modo de aplazar su inminente destino.

En las orillas del pueblo, justo en la ribera del río colindante con los primeros despeñaderos, le vibró el celular. Batalló para abrirlo y ver un mensaje de texto: unas palabras claras para cualquiera, la indicación de seguir caminando hasta ver las luces de una camioneta. En ese momento comenzó a sentir calor a pesar de estar empapado, corrió hacia el primer destello en medio de la negrura.

Melesio lo esperaba, tenía el motor de la camioneta encendido y junto a él estaba un sicario que fumaba y tenía una mirada fija sobre un radio de circuito cerrado. Silvestre saludó con cierto ánimo, pero los hombres sólo asintieron y le indicaron que se subiera. Pasaron un par de minutos cuando tronó una voz en la radio.

—83-1.

El joven dejó el ensimismamiento.

—66-21 —respondió entusiasmado, mirando al viejo que se acababa de subir—. Fierro, pues.

Silvestre notó entonces que era un mocoso a quien quizá le triplicaba la edad. Melesio patinó las llantas y se subieron por un camino escarpado.

«Camínale hasta donde está la piedra del lince y por ahí bajas», recordaba las indicaciones de Melesio y la cara de frustración del joven al repetirle: «Entiende, cabrón, que él va a ir». El calor seguía creciendo acompañado de un dolor en el estómago, sus pasos eran tumbos rígidos sosteniéndose entre los pinos, pero él sentía que su caminar era recto, la cocaína estaba en su sangre ya; no le dolían sus manos al levantar alambres de púas. Conforme se iba acercando, percibió un extraño olor parecido a la sangre; tampoco comprendía por quién iba ni por qué, pero estaba bien seguro de lo que iba a hacer. Aun con el peso de la valla de alambre logró entrar hasta lo que le pareció un aserradero.

El aroma de la madera húmeda mitigaba el de la sangre, fue avanzando hacia un portón cuando unos perros comenzaron a ladrarle, Silvestre les lanzó piedras. Cuando el portón comenzó a abrirse, se lanzó al suelo, esperando que lo descubrieran.

Un hombre salió calmando a los perros, que comenzaron a menearle la cola, luego Silvestre sintió sus pasos acercarse, sabía dónde estaba.

—¿Quién es, qué pasó?

A Silvestre se le arremolinaban las ideas como gritos en la cabeza, hasta que se levantó y alzó instintivamente el celular en su mano.

—Ando buscando señal, mi troca se me atascó allá arriba y no la puedo sacar.

Notó que el hombre no estaba armado, pero permanecía mirándolo extrañado.

—Aquí no hay señal de celular, don, pero tengo ahí un remolque, si quiere se lo presto. —Su forma de hablar no correspondía con el hombre que le había descrito Melesio.

—Aquí espérame y lo traigo, ¿se le quedó allá arriba o del otro lado, por el río?

Dicho esto, el hombre giró hacia el portón, pero Silvestre siguió sintiendo el calor del trayecto; sólo podía imaginar a su hija detrás de una cortina roja, chupándose la obligadamente a un hombre de rostro indistinto. «Al final todos son la misma mierda», se dijo, y deliberadamente accionó el arma oculta en su chamarra para luego ver al hombre desplomarse boca abajo, en medio de los ahora insupportables ladridos.

En otro tiempo habría temblado de nervios, pero jalar del gatillo le dio una extraña satisfacción: no era el dinero que le iban a dar, creía que cada disparo iba directo hacia el rostro de Juan Tapadera, mirándolo. No olvidaba el día en que se habían topado de frente, aquel en su camioneta, ahogado de borracho, y él a pie, con la tripa vacía y la mente fracturada. Desde ese momento debía sentirse diferente. Creía que cumpliéndole a Melesio, éste se encargaría de recuperar a Crisma; luego el imaginarse regresar a casa y poder echarse a dormir le dio cierta satisfacción, mas no soportó el ansia de sentir control sobre su venganza. Tomar las riendas de su coraje le provocaba un placer más oscuro.

## VIII

Juan Tapadera entró como cualquier otro fin de jornada, se desahizo de sus botas enrojecidas por la sangre de las bestias y cerró la puerta de la habitación. Comenzó a desvestirse dejando al descubierto un toro tatuado en su espalda. Ella dormía. Él se recostó a su lado y comenzó a acariciarla, apretándole los senos. La despertó un escalofrío al sentir sus labios por la piel, luego comenzó a desvestirla. Ella intentó zafarse, hasta que Tapadera la logró someter finalmente. Sentía la saliva de su raptor recorriendo el cuello, y esa voz jadeante que parecía cantar: *Y cuando nos casemos... la dueña del putero nos va a preparar una cena sabrosa... ¿Me escuchas? Aquella será nuestra noche...* Él se sentía enamorado, imaginaba años felices en su rancho, rodeado de hijos, luego de nietos, viviendo una vejez plena.

La desesperación y odio se convirtieron en cólera, ella intentó soltarse y apretó el pubis para que dejara de penetrarla, pero no lo consiguió. Luego de unos instantes de pensar en la desgracia que vendría al preñarse, le encajó las uñas en el cuello. Entonces, de Tapadera surgió una bestia que había permanecido oculta en cada intento de bondad; comenzó a golpearla hasta enloquecer.

Cuando ella dejó de defenderse, él volteó los ojos y lloró amargamente. Por su cabeza pasó la idea de matarla e irse a la capital, pues allá se perdería entre miles de personas, pero algo lo detuvo entonces: su reputación en Rosalía no era un motivante para quedarse con la joven moribunda, menos cuando Melesio comenzaba a romper las condiciones que les había impuesto don Abelardo, quien a pesar de ser su padre, prefería siempre tenerlo a raya y no meterlo en el negocio. Era imprudente, se cansaba de serlo, no pudo continuar con ese pensamiento, se le ocurrió una idea más ambiciosa con la que Crisma podría escarmentar y volverse más dócil. Finalmente la amarró al asiento del copiloto y agarró carretera.

---

---

Aunque entre los clientes no tenía exclusividad, doña Meche la apartaba desde temprano.

—Ya siéntese ahí en la esquina y sólo responda a quien yo le diga.

Crisma obedecía, ya que la dejaban sin comer hasta dos días cuando llegaba a desobedecerla. Había llegado hacía un par de días, brutalmente golpeada y sin probar un bocado. En la ciudad todo era diferente, el constante ruido de automóviles la estremecía. No olvidaba aún el trayecto en la troca, las luces de los autos que regresaban de donde ella apenas iba, con un rotundo desasosiego por el destino que se le había impuesto. Tapadera condujo con su cuerpo maltrecho hasta la ciudad. Llevarla a la capital le resultaba más útil que abandonarla en la carretera. Doña Meche siempre tenía lugar para una más.

Titubeó antes de decidir qué hacer, pero ya maquilaba una respuesta para sí mismo, o mejor dicho: una llana justificación para regresar pronto por ella.

Ella entendió rápidamente que no iba a regresar, le había dejado quinientos pesos con doña Meche para que la curara y descansara en un motel aledaño al *Gozón*.

—Me traes a esta chavalita toda madre para que la cuide, ¿y nomás con quinientos pesos, cabrón? No soy niñera —le encaró violentamente mientras la arrastraban hasta el último cuarto.

Tapadera no tenía más dinero en sus bolsillos, y no manejaba más que puro efectivo. Con la prisa había olvidado cargar.

—Mira, si ya la vas a dejar aquí no es necesario, si nomás quieres que te la cuide entonces sí aflójale.

El matancero se lo pensó un rato, pero no le respondió, sólo se subió a la troca y regresó al pueblo.

Tapadera acordó llevar más dinero después.

## IX

Nepomuceno caminó hasta el pueblo de regreso, estaba cansado y se metió al *Cuatro vientos*. Necesitaba beber, descansar y sacarse el coraje por la madrina que le había dado su patrón. Anocheceía y comenzaban a encenderse las escasas luces mercuriales. Iniciaba el bullicio de la noche en la cantina, mujeres de cincuenta pesos la canción se acomodaban a la entrada, fumando o terminando de maquillarse. Nepomuceno entró sin saludarlas, a pesar de ser un borracho frecuente y conocer a todos los parroquianos. Llevaba una mohína que no deseaba hablar con nadie. Sentía la traición y el descaro de Tapadera como una ofensa no sólo a su amistad y reconocimiento, también a todas las mujeres con las que había soñado; Crisma le agradaba, sentía que ella podía ser alguien a quien proteger tiernamente, a quien cuidar bajo el sello de una honestidad real.

Se sentó en la barra y pidió sotol «Santayana», un licor criado en la estepa, gratificación de la orografía norteña, con la intención de salir arrastrándose al amanecer. Justo al otro extremo estaba Melesio, reposando una cerveza también recién servida y le echaba miradas constantemente. Lo conocía y le parecía extraño que anduviera sin una mujer y tan golpeado. Se le acercó y le hizo una señal de salud.

—¿Y ahora por qué tan solo, cabrón?

Nepomuceno le hizo un gesto de desagrado y luego lo ignoró.

—¿Qué te pasó en la cara? Te agarró a chingazos la gorda de tu esposa, ¿vedá?

Comenzaba a llenarse la cantina y la música a subir de volumen. Melesio se levantó para ir al baño y Nepomuceno lo siguió con una mirada de odio. No le podía hacer nada, si hubiera sido otro se había liado a golpes gustosamente, pero con Melesio Cortés nadie se topaba, porque era el brazo derecho del Capi, quien fungía

como el jefe de sicarios de los Enríquez, una familia empoderada de la región a quienes ni el ejército molestaba.

A Nepomuceno lo habían invitado a trabajar en la pizca, pero se había negado rotundamente; el patrón de ambos tenía las mismas tierras y el mismo apellido, pero a éste le había gustado más matar animales que gente. Era de esperarse, con una mujer gorda en casa y tres hijos por quienes velar, que escogiera a tiempo el fino arte de la carnicería, lo cual se notaba en la billetera, las camionetas y todo en lo que le gustara fijarse.

A Melesio le iba muy bien con los Enríquez, e incluso disputaba con Tapadera, hijo bastardo del patrón, a quien la madre le había dejado primero su apellido. Luego, por órdenes de Abelardo Enríquez le habían agregado el segundo apellido al nombre: Juan Tapadera Enríquez, el heredero del rastro más grande en toda la región.

Melesio salió del baño abrochándose la bragueta, medio ebrio y con ganas de ir a buscar a una mujer. Afuera ya estaba Nepomuceno sentado, ahora con la botella de «Santayana» entre las piernas.

—Oye, pendejo, ¿a ti quién te dio permiso de sacar la botella?

—¿Cómo quién? —le respondió Nepomuceno, lleno de coraje—, tu pinche madre fue.

Melesio estaba esperando esa respuesta, justamente, y le tiró la botella de una patada. Nepomuceno no sentía ganas de ser madreado por segunda vez y se lanzó al ruedo. En ese momento le importó un carajo quién era su contrincante.

Volaron los sombreros y los demás parroquianos comenzaron a salir a verlos. Un hombre intentó ayudar a separarlos, pero la mayoría necesitaba ver el espectáculo; el mismo Melesio disfrutaba el olor de la sangre y les advertía que no se entrome-

tieran. Las mujeres gritaban pidiendo auxilio por Melesio, quien estaba perdiendo, al parecer. Nepomuceno lo golpeó con una piedra en la cabeza y no le paraba la hemorragia. El pleito acabaría pronto, pero llegó la policía municipal. Melesio salió intacto y se lo llevaron rápidamente en una ambulancia a la capital. Nepomuceno fue arrestado esa noche.

## X

Nepomuceno permanecía boca arriba en la celda de la prisión municipal. En la oficina guardaban la piedra ensangrentada con la que había herido gravemente a Melesio. Estaba solo y comenzaba a sentir resaca, el mareo también se debía al olor de la letrina inservible llena de orín, en donde había vomitado inminentemente.

Justo pensaba en cómo había conocido a Juan Tapadera, en por qué lo había empleado, ofreciéndole de algún modo su amistad; él siempre le había correspondido siendo leal y cuidándole a sus animales. Era injusto cómo había ido a parar en esa celda y lo que seguramente le esperaba al salir. Si Melesio terminaba muerto en el hospital, tendría que huir definitivamente. Pero no tenía a dónde ir, sin dinero y sin un arma para defenderse. Entró el comandante Ramírez con otros dos escoltas.

—¿Dónde dejaron a la muchacha? —inquirió el comandante.

—¿Cuál muchacha?

—No te hagas pendejo, bien sabes dónde están ella y Tapadera. Si no nos dices ahorita te voy a entregar con la familia Enríquez, no te va a gustar nada.

A pesar de que Nepomuceno era duro, sentía miedo, además sin Tapadera se sentía desprotegido. No obstante prefería guardar silencio, aplazar lo más posible su estancia en esa celda que terminar siendo parte del estiércol de algún marrano de don Abelardo Enríquez.

—No lo sé oficial, se lo juro. Yo no debería estar aquí, fue Melesio quien inició la pelea...

Los oficiales lo sometieron esposándolo nuevamente contra los barrotes de la celda.

—No me desvíes el tema, si sabemos que él se la llevó... Mira, lo que queremos es nada más que nos digas dónde la tiene escondida, si ya la desapareció o qué chingados le hizo. A los Enríquez no les conviene tener aquí a la procuraduría del Estado, se va a poner fea la cosa si no...

Nepomuceno se incorporó lentamente y un oficial le dio un culatazo en la cabeza.

—Esto no es nada, si te agarran allá afuera los sicarios de Enríquez... Así que ya suéltala.

No podía pensar con claridad, además de que no sabía realmente a dónde se había ido, si seguían metidos en el rancho o qué le sucedía a Crisma.

## XI

Crisma pasó un día entero en una habitación oscurecida, sin soñar. Las primeras experiencias en el *Gozón* fueron difíciles. Pensó nuevamente en irse, pero no tenía a dónde. No podía acostumbrarse a los clientes, sólo algún que otro viejo que le pedía barajar antes de desnudarse, un tipo de strip póker que luego le pareció divertido. La noche era muy larga, y la mañana se convertía en un breve placer personal.

—Aquí no checa tu nombre, mija, mejor di que te llamas Kristel —le decía Juana, un travesti con quien almorzó en un puesto de fritangas ya entrado el mediodía.

—¿Sí ves aquella camioneta que está parqueada allá? — Crisma asintió sin voltear — Pues ahí están vigilándonos, son los

sobrinos de doña Meche, ellos le van avisando si nos queremos ir, o si vienen clientes que no reportamos.

Ella no le respondió nada, siguió mirando la botella de coca que sudaba de frío.

## XII

Silvestre esperaba la atención de Melesio, se había acordado de que lo iba a hacer rápido y él cumplió su promesa. El hombre que lo iniciaba como sicario se llamaba Arnoldo García, un policía retirado que había comprado algunas hectáreas a la comunidad rálámuli para poner a trabajar un aserradero, y quien ya tenía escrito su epitafio hacía tiempo al no aceptar vender sus tierras a los Enríquez.

Melesio estaba despreocupado; a pesar de haber asesinado a un expolicía, no sentía miedo a las represalias o alguna denuncia federal. Tenían el control de la Sierra y nadie pasaba sin que ellos supieran quién. Fue por ello que Silvestre sintió confianza de trabajar con él, haciendo guardias nocturnas, tragando café en un termo y viendo a su compañero meterse cocaína para no dormirse, una realidad que antes lo habría asustado. Guardaba una bala dedicada a Juan Tapadera, la besaba como para bendecirla, o desearse mayor suerte.

Daban rondines por el pueblo y por ranchos aledaños, pero no aparecía el Matancero. Luego, lo que era una pesquisa de medio día se fue quedando en un cartel mal escrito pegado en algunas calles del pueblo, o perdida en un aviso a la comunidad transmitido por radio A.M.

Erinia ya no aceptaba a Silvestre en San Ignacio, y éste dormía en un hostel que rentaban entre varios. Siempre que se tumbaba a fumar pensaba en lo frágil que era esa libertad, en cómo de un momento a otro uno se vuelve prisionero de las cosas. No iba más

allá, su deber moral era tomar venganza, pero la circunstancia no se lo permitía.

### XIII

Una tarde, mientras despertaba para iniciar la jornada, Melesio entró en la habitación sin avisar y se tumbó en una silla junto a la puerta. Tenía el rostro desencajado y parecía no mirar a un punto específico. Silvestre rápidamente se abotonó la camisa, se calzó las botas y lo escuchó.

—Está preguntando la Estatal que quién fue el que quebró al excomandante García. Según el patrón ya no traía cola, ya estaba retirado... Nadie dijo tu nombre, pero no tardan en saber, así son estos perros hijos de la chingada, más vale no hacerse el valiente... Así es este rollo, ya uno no sabe ni con quién jalar.

Silvestre sintió un prolongado escalofrío, se sentó al borde de la cama. Comprendía qué era lo siguiente, mas no visualizaba cómo lo debía hacer. Sabían ambos que el verdadero interés no era la muerte de García, lo que les dejaba ese gran peso era que el aserradero lo estaba reclamando un nieto que la hacía de burócrata en la capital y no iba a permitir por ley que se metieran a explotar las tierras del abuelo.

Aquello finalmente se convertiría de una pesquisa por Tapadera en una cacería de la que ahora él era presa. Necesitaban desaparecer, pero Silvestre no se iría del pueblo hasta saber de Crisma y ajustar cuentas con su captor.

### XIV

Entrando al *Gozón*, Juan Tapadera pidió a doña Meche que le trajera a Crisma, que ya regresaba para llevársela con él. La mujer rió socarronamente.

—Estás pendejo, aquí ya hasta le decimos de otra forma.

Tapadera no dijo nada, no estaba en su tierra y encima iba solo. Era de pocas palabras y nomás le contestó con un «ta bueno, pues». Salió y se regresó a la troca, que permanecía encendida. Recordó para qué era bueno, y pensó en cómo se había esforzado por tener algo, se moría por saber de ella y que lo perdonara por el error tan grande. Luego imaginó su regreso al pueblo, la cantina, la plaza en penumbras, algún perro moribundo hurgando basura. Suspiró. Apuró de un sorbo el ánfora que lo había acompañado hasta ahí. Y se metió de vuelta al putero.

Dentro, doña Meche limpiaba la barra y tarareaba una cumbia. Tapadera se sentó en la barra y le pidió el menú. La vieja hizo un gesto de desaprobación, pero como aún no iniciaba el show podía atenderlo, eso le daría tiempo de hablarle a sus sobrinos. A regañadientes le entregó el menú. Él se le quedó mirando retadoramente, quizá pensando en cómo se vería ese rostro decrepito sin expresión junto a un torso mutilado, y que dijera: «para Juan Armando Tapadera no existe la palabra no».

La vieja le mandó a una muchacha para que le sirviera y se conformó con un tarro de cerveza. «Esta vieja puta, quiere pasarse de verga», pensó y mirando la luz neón recién encendida comenzó a sentir calor. «Ta bueno pues», se dijo.

Pasó la hora entera sacándose de la muchacha a quien le estaba invitando el trago, no entendía bien qué le decía, sólo la imaginaba con el rostro de Crisma y con la panza crecida que haría feliz a cualquier mujer. Pero también la visualizaba desnuda, bailando torpemente o en trusa, metiéndose coca frente a hombres que no eran él. De ninguna manera posible.

Sintió una mirada detrás que lo hizo voltear. Allí estaba ella, diferente a como la recordaba, con un rostro insípido, con unas

uñas muy largas. Se levantó conmovido y fue hacia ella, no era ya deseo lo que cargaba en sí, era un sentimiento de angustia, luego un vacío en el estómago, luego creyó en la posibilidad de llorar. Ella fingió no reconocerlo, ignoró su nombre antiguo y se dio media vuelta hacia los vestidos. De pronto, un jalón por el cuello de la camisa detuvo a Tapadera: eran los dos hombres que cuidaban a las putas de Meche y le iban a regalar la peor noche de su vida.

En el pueblo comenzaban a entrar unidades de la Policía Estatal. «Pinches chilangos», decían los encapuchados del convoy que custodiaba la entrada al municipio. Casi al final del desfile, se detuvo una furgoneta blindada y se bajó un comandante, se le acercó al chofer y le hizo una seña de que se bajara. Éste comprendió que no debía alterarse cuando le indicaron que le hablara a su superior. El líder del convoy era el 24, un cabrón sin escrúpulos con quien se fue a platicar aparte el comandante de la Estatal. Pasaron unos minutos y rápidamente le indicó el nombre y el lugar de quien había asesinado al excomandante García.

—Se le va a recompensar, cabo —dijo como cantando y se subió de vuelta a la furgoneta, que arrancó de vuelta hacia San Ignacio con una fila de camionetas detrás.

## XVI

El pueblo parecía estar deshabitado, las familias se habían recogido ya. Para esa hora de la tarde, en que regularmente se veían multitudes en la plaza, sólo se escuchaba el silbar del viento. Silvestre emprendió la subida a San Ignacio, llevaba el arma que le había dejado Melesio hacía ya un par de horas.

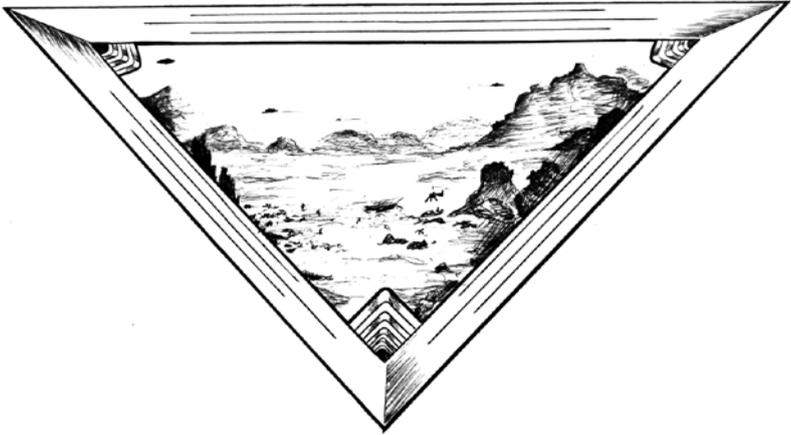
Si se esperaba a que llegaran los de la policía Estatal se iba a terminar de hacer viejo. Dejaba de sentir miedo en ese momento, pensó que la vida era una extraña ruleta y que para la mayoría de

la gente la fortuna no representaba algo superior, sino la respuesta al trabajo y al instinto de superación; pero ahora le parecía una estupidez creer en la buena suerte, cuando el mundo era promiscuo y malévolos. Pensó en meterse a la sierra y caminar sin rumbo, hasta desaparecer.

Tardó un rato en subir la pendiente hasta San Ignacio. La comunidad se percibía diferente, había detalles que habría notado en otra circunstancia. Se sentía cansado, pero continuaba a paso firme. Al llegar a la covacha, ya no encontró a su mujer. Sintió vértigo. La imaginó en otro tiempo, antes de llevar tantos conflictos, en los años en que aún no se reflejaba el infierno en sus ojos, sin conocer el alcohol y con el sueño de ser madre por vez primera. Suspiró. El perro se le acercó al sentarse, lo acarició y se recostó junto a él.

Los cigarros ardían continuamente, había dejado de fumar hacía años, pero ahora nada importaba. Estaba casi acostado cuando se vieron bajar por el camino encrespado de la sierra, traían las luces largas y se podía escuchar el crujir de las llantas en la tierra. Aunque demostraba una desinteresada tranquilidad, sudaba a raudales y el pañuelo sobre su cuello estaba empapado; comenzaba el calor de la adrenalina, iniciaba su vaivén, era esa cólera guardada contra Tapadera: lo imaginaba maniatado y boca abajo. Era absurdo.

—Voltéate, cabrón. —El perro sintió su nerviosismo y se levantó rápidamente, Silvestre se reincorporó y se quedó de rodillas frente a éste. Soltó una fuerte carcajada, luego se puso a llorar por la vida de un inocente, necesitaba sentir el mezquino placer de arrebatarse una vida inocente. Un sacrificio para Juan Tapadera. Disparó una, dos veces, luego el perro quedó tendido en ese pobre suelo de tierra, irrigando casi inmediatamente un oscuro charco de sangre.



## Dunas de Marte

En un olvidado puerto de Marte, custodiado por una antigua raza alienígena; hombres, mujeres y niños sortean las horas metidos en un antiguo hangar. Tras la ventana del piso 461 se pueden ver montículos de tierra rojiza, a lo lejos hay una mano robótica que la compacta y ordena intercalando movimientos de máquinas recolectoras, sus silbidos se confunden con el ruido del transporte atmosférico, que sube y baja reclutas: hombres serios —quizá tristes—, uniformados con botas y traje de preso militar. Los distingue un enorme emblema metálico carcomido por la radiación solar.

En medio del calor, Rencho sueña con levantar bloques de acero, la lluvia ácida en la ventana le recuerda sus años de infancia: metido entre juegos de guerra y el óxido de un antiguo deshuesadero de automóviles terrestres. Su mujer, delgadísima, despreocupada y somnolienta reclina su asiento para prender la pantalla holográfica, más que un utensilio informativo es un centro de distracción

emocional. No existe un programa realmente importante, y la hora de comida dejó de ser una preocupación ya que la estufa láser es automática, pero ella lo ha olvidado. Afuera inicia una ventisca por la tormenta que se avecina.

Cuando era muy pequeño tenía su propio control de televisor, allí visitaba frecuentemente juegos de realidad virtual donde él mismo seleccionaba su forma de vivir: podía ir a un parque acondicionado para paseos en bicicleta, leer algún cómic de superhéroes o simplemente descansar toda la tarde, sentado frente al montículo rojo, producto de residuos acumulados por centenas de años. Mientras se ensimisma en aquel prodigio le colma una tranquilidad poco confiable, pero la acepta, al fin y al cabo pronto sonará la alarma y todo tomará su curso.

Rencho piensa en lo excitante que sería volar un avión transbordador, aunque no se comparara a pilotear una máquina de guerra con toda su gama de controladores de energía; el botón más atractivo era el de los misiles de hidrógeno.

—Es un juego, una simulación, quizá detrás sólo esté una pantalla en verde que oculte los montículos enrojecidos —se detiene a pensar mientras aquel chisporroteo se convierte en un chubasco, que le impide mirar más allá de su reflejo.

Se lamenta por no haber ido a la escuela militar, una ilusión, casi un secreto personal que atesora. Se imagina dentro de un espectacular uniforme con botones, cierres por todos lados, repleto de emblemas heroicos. Es innecesario repetir las frases del deber, porque es una visión colectiva que pulula en las pantallas de aquel hangar.

Recuerda el tiempo en que la escasez y el hambre eran comunes en todo el planeta; su madre pasaba el día contemplando la fotografía de su marido, quien de no haber muerto por un virus

fulminante seguiría allí mirando el televisor o leyendo *The space force news* con gesto de desaprobación.

No podría olvidar a su madre, quien en su juventud habría sido condecorada con el emblema de «Mecánico intergaláctico» por su perfecta habilidad para desarmar motores de naves y conocer ampliamente el sistema de combustión lítica, una gran pasión que le prometía construir una carrera formidable bajo la especialización en cuidado del desecho intergaláctico por el *Cosmicpeace*. Sin embargo la recuerda en cama junto a su padrastro, cambiando la programación en la pantalla y sin posibilidad de recuperar una pierna amputada accidentalmente.

Ahora le atemoriza la colección de reptiles disecados de su mujer, de quien ya soporta el modo de mascar, pero continúa amando esa suavidad maternal que calma sus ansias de lanzarse por el tubo de recolección. Aunque la lluvia ha cesado, los rayos de sol ya no se filtran por la ventana, tan sólo iluminan parte de esa tierra con el resplandor rojizo de la atmósfera. Imagina vestirse de guerrero y saltar al abismo de afuera, allí en medio del caos sería un héroe, pero el latente infortunio del pasado sulfura su ánimo y su preocupación se vuelve insoportable.

Aunque vive esperanzado por la propaganda, sabe que ningún ángel redentor podría tomarle importancia y llevarle la buena nueva de que la guerra está por terminar. Su emoción se ha convertido en una excitación neurótica; descubre entonces que la guerra es el corazón del infortunio, pero le es imposible mirar qué hay más allá de los interminables montículos rojizos. Alguna vez se lo contaron:

—Allá afuera hay gigantes con cabeza triangular que succionan el núcleo del planeta, es el combustible de la fuerza espacial.

Una mala noticia fluye más rápido que la corriente eléctrica.

ca: las puertas de la habitación permanecen cerradas, Rencho puede fácilmente escuchar pasos agitados y zumbidos de los rifles láser, pistolas de neutrones y desintegradores de partículas, los conoce bien porque siempre ha recreado ese escenario. En el conmutador truena una voz ecléctica, figurando el cyborg o alguna inteligencia artificial, truena dos o tres veces más y surge un mutis entre él, su mujer y el holograma; sólo se miran, luego sonríen turbiamente, como si dos niños abrieran un obsequio en alguna costumbre del pasado, metidos entre la basura espacial.

Las dunas comienzan a abrirse para dar paso a una mole gris que hace temblar el suelo. Truena el altavoz militar por última vez: «Se solicita a todos los hombres que han recibido entrenamiento atender al holograma...».

Él comienza a agitarse, se muerde las uñas, su esposa gime con dolor, es la ausencia de oxígeno lo que les produce tal desesperación. Ella intenta cambiar el holograma, pero éste permanece estático en una imagen: es un rostro sin pupilas y no deja de repetir la misma frase en varios idiomas, hasta volverse incomprendible. Sus voces se deforman en aullidos insoportables, el ambiente de la habitación emite un gas azul que les produce una desesperante comezón. Se traban y no pueden seguir gritando, ambos terminan en muecas estentóreas.

El pasado dejó de ser importante, para la antigua especie que los domina no existe un concepto de tiempo. Habría preferido tener un traje de soldado y tomar órbita, pero el mensaje está claro, no existe un lenguaje o alguna memoria para representar aquel final. Sus cuerpos no tienen ningún significado, y en el corazón de Rencho se agotan las ganas de salir disparado por el tubo de expulsión.

El recuerdo de un viaje astral reconfortaría el dolor ante la presencia de esa muerte insípida, en medio de una vida condenada a la inutilidad. Se abrazan como si nunca se hubieran deseado hasta ese momento, piensan en el hijo, un hombrecito con esa mirada indistinta, igual a su madre: lo puede ver pegado a la ventana del piso 451, mirándolos. Allí, donde ni el placer de la última inseminación fallida puede ruborizarlos, se acurrucan finalmente bajo esa magia de estrellas infantiles que, a pesar de todo, cuelgan aún del firmamento.



## In rigor more this

Camino hacia el cementerio, me gusta entrar sin bastón porque hay mucho en dónde recargarse. Aquí no hay orden político, sólo tumbas y uno que otro insecto, también habitan unos pájaros que agarraron de baño la tumba de Matilde, mi mujer.

Siempre he creído que no existe una fórmula para el amor, menos en este tiempo en que *la conservación supera el final de la especie y no hay cadáver rígido que se resista a ser ungido.*

Me sucedió pues, fui de visita al cementerio (siempre entro los viernes de madrugada, mientras el velador duerme), anduve a tientas entre las lápidas (en ocasiones me ha picado alguna de las hierbas que crecen entre sus grietas), ese día llevaba puestas unas botas de lluvia y unos guantes de sepulturero que siempre procuro; la oscuridad no escatimó mi ansia por verla y me aventuré a continuar.

Recuerdo aquel veinte de agosto en el que la encontré colgando de una sogá atada a la rejilla de la escalera, sus ojos que

miraban con angustia, las lágrimas rodando mis ojos... Después de no mucho andar, la encontré por fin, la misma grieta, el mismo arbusto con que la cubría para no despertar sospechas. Escarbé el lodo, esperando encontrar el mismo cadáver hinchado y amarillento, en cambio estaba sólo un vestido hecho girones, sentí lástima por aquella desagradable sorpresa, mi mujer había desaparecido, y lo peor es que desnuda caería presa de algún degenerado. Apreté mis ganas de llorar y lancé lejos los guantes; ¿era una broma?, ¿habría escapado en medio de la noche?, ¿o tanto se había corrompido su hermoso cuerpo? Ninguna de las hipótesis me convencía. Tenía que encontrarla, no podía haber ido muy lejos. El comienzo de una llovizna me hizo desistir.

Regresé a la entrada, totalmente confundido, cabizbajo, me había vuelto el pesimismo que no me deja dormir el resto del año. Recordé tantas situaciones con aquella dulce putrefacción, anhelaba su aroma fétido e incluso mi imaginación trastocó el roce con su piel carcomida. Pateé un racimo de flores amarillas y violetas que comenzaba a brotar alrededor del agujero. Su aroma me hizo recordar aquel óleo para embalsamar y cómo comencé a untárselo, entonces me era extraño acariciar la fascinante suavidad de su piel, sin los poros e hinchazones bulbosas de siempre. Pronto perdió su nariz, y recordé entonces las veces que culpé a la ramita de árbol con la que le rascaba, siempre lo hacía pensando en el manual de tanatopraxia que guardaba en mi cabecera.

Desde entonces, al visitar su tumba reafirmo la premisa de que la vida no es una cisterna vacía, imaginarla allí me hace vivir, apenas. Afuera cantan pájaros, el viento respira como una inhalación enfermiza, silban alrededor de la casa, seguro vienen a cagarme. Matilde está aquí, aún siento sus pasos en la habitación, la cama cruje con la inquietud de un encuentro amoroso, como ese último

arrebato juvenil. Sé que va a regresar pronto, ya no está rígida, de eso estoy seguro; bajo la almohada descansa su recuerdo, ella se ha guardado en el tormento del primer amor, suenan sus pasos y recito una melodía:

*Cuando llueve en los cementerios  
las mujeres fantasma se salen a mojar  
el agua trasluce su piel,  
por las noches son la claridad del amor.  
Tras el cristal bajan las gotas  
son el recuerdo de un infeliz.*



## Un *hartista* en el alambre

Pedro K. es un hombre que vive cerca de un cerro y siempre camina solo. Baja los lunes por la tarde, su hijo ya está en la escuela y su mujer le ha dejado una manzana envuelta en una bolsa para que no se le ensucie, pero siempre la olvida en la basura. En cambio, recoge los promocionales metidos entre las rejas de las casas, esta vez la taquería *Moctesalsas* tiene una promoción especial.

Se detiene frente a las hermanas de falda larga para ojear gustoso una revista Atalaya y la suelta casi al instante de reconocer en Jesús la humanidad sobre el verbo, creyendo que su gusto por la carne le impide amar de verdad, y lo acorrala un sutil afecto por el cinismo de los insalubres.

—La peste bubónica ha vencido el paso de los caballeros andantes y las mozuelas se han convertido en prostitutas; ¿habrá moscas que sólo gustan pieles jóvenes y también hay las que buscan el grosor de la entrepierna cuando están ya entradas en carnes? — se pregunta en voz alta mientras los transeúntes lo miran azorados.

Mientras persigue a las muchachas, recuerda haber observado a sus primas metidas en la tina lavándose los pies, y luego de poner mucha atención en las comisuras de las corvas sonrío con una desinteresada pasión. Clava su vista sobre todas las cosas, porque cree que todas las cosas son él mismo: distrae su atención a cada paso, siempre que algo se mueve cadenciosamente.

A veces se topa con un recuerdo y el cansancio lo ha abofeteado tan fuerte que no le queda otra cosa más que rasgar una guitarra vieja y destartalada. Vuelven las noches bohémias cobijado por los aplausos de quienes le miraban doblarse de risa con sus propios chistes y canciones superfluas. Al entrar en un súper se remonta a aquellas madrugadas íntegras en que la falta de comedor no acobardaba a las botanas y los dulces que se abrían a su antojo, para luego llegar tranquilamente a despeinarse con la cajera en un delicioso apretujón. Esta vez, con menos juicio que la semana anterior, hurga en el departamento de frutas y verduras. «Las zanahorias son amigas de las papayas», piensa mientras saborea un higo «huérfano» que andaba metido entre los duraznos. «El plátano reprende a la papaya», argumenta su falta de criterio, mira entonces a la afortunada zanahoria, la cual aparenta una infantilidad meritoria a esa

sagrada compañía. Las verduras y su estilo de vida, el humo del cigarro difuminándose en la luz neón del escenario, una mueca irónica trasluce todo su sarcasmo con el chiste de Gabriel, un cigarro ahogado en un río.

Aunque nunca ha cargado un peso mayor que el de sí mismo, persiste en el pleno nunca-estar-completamente-listo-para-ir-con-un-médico-bariatra. Su miserable pensión del Sindicato de Actores Anónimos Unidos A.C. no cumple aquella expectativa arraigada en su juventud: viajar a la Torre de Babel, allí donde cada elemento culinario cumpliría una función indispensable para el órgano estomacal. La mecánica de su sistema digestivo se ha visto corrompida por algún bacilo, que realmente vaciló en pertenecer a su cuerpo sobrealimentado. Ni la creencia más profunda podría asegurarle una ascensión a la cúspide del Olimpo para saborear una succulenta ambrosía.

Continúa e inquiera dócilmente sobre el paradero de la añorada taquería, hasta que una señora con bolsas de mandado le muestra el camino. Cuando aparece ante sí un anuncio luminoso se insufla de ganas por embadurnarse de salsas y menudencias la camisa. Le han dicho «güerito» y se incomoda al punto de despreciar las multitudes, pero esta vez no es un puesto callejero, le asombra la frialdad del restaurante que por apertura ha promocionado «el tlatoani fortachón», el «beso de monjaguar» y la especialidad de la casa, el innombrable «qué me ves cholo-esquinle», le parece que es la mejor opción y determina su pedido. El mesero le indica el lugar para esperar, pero Pedro nunca espera sentado, su pasión es comer de pie para mancharse la camisa. Llega el mesero con la orden: una tortilla gigantesca con toda clase de carnes.

Mientras se acerca, Pedro aún estima que la promoción pueda servirle para la próxima visita y virtuosamente enrolla el pro-

mocional que tenían en caja guardándoselo en la bolsa discretamente. El bufete de salsas y verduras no asombran su interés por los lácteos y los cortes vacunos. «La tortilla se muestra insolente cuando no está hecha a mano», medita.

Quizá le hubieran preguntado antes si prefería maíz o harina, tortilla verde, blanca o azul, tal vez su indignación no lo habría llevado a vomitar en la entrada, pero no avisarle que los tacos tenían alambre es un verdadero insulto; se le ve regresar, subiendo por la pendiente, mientras se repite que por primera vez ha conseguido entrar a la Torre de Babel y probar la ambrosía, pero en aquel lugar los tacos no son la única forma de iluminar el camino, la sangre de su paladar y el dolor de encías van rasgando su visión de artista, de un glotón que ha perdido su sentido del gusto, los alambres son armas de tortura para este consagrado hartista del alambre.



## La agonía

Les había tomado cariño. El agotamiento comenzaba a borrar todos sus recuerdos. Era ahora un capitán en ultramar, navegaba solo, quieto, expectante. El reposo —que es inherente al movimiento— es también una desposesión del cuerpo, la voluntad agotada de supervivencia.

Durante los últimos meses caviló sobriamente dejar atrás el peso de la enfermedad. Sería como rescatarse de un resfriado violento en la infancia, sin resacas ni atavíos medicinales, nada que una buena sopa y alguna receta familiar no consiguieran. Erguirse

sobre todo su cuerpo y salir al jardín a respirar el ya desconocido aire matinal, soportar, y con rigidez extrema, la sordidez que espiaban sus habitantes, los nervios, quienes lo acompañaban con una complicidad casi fraternal. A veces los reprendía maldiciendo o abstrayéndose en un libro de pintura.

—Cómo adoro los cuadros de El Bosco —se decía—, soy un burlón grotesco que ríe a carcajadas de esta vileza de vida plástica y aparente, inmóvil. —Pero así, al menos, llenaba de color e imágenes el gris en que se envolvía su pensamiento.

Su mujer aliviaba un poco el suplicio. Éste le pedía a gritos que le rascara la espalda, en un principio sus ásperas manos acariciaban la esperanza. Después, aquella sensación de placer se volvió una simple comodidad, ya no movía los labios, sólo esperaba a que ella se dignara a hacerlo al percibir sus gestos de ansiedad. Tampoco toleraba ya las risas y los juegos de los niños, que le embrutecían de ira, exprimía entre dientes un jugo de maledicencias cada vez que los escuchaba rondar la calle.

En esos momentos, el ruido que antes no le dejó concentrarse frente a su máquina de escribir se convertía en música: su frustración era innecesaria, pues sabía muy bien dónde se impostaba la vida misma. Comprendía que tras su puerta no habría nada, sólo un silencio que se tornaría insoportable, su cabeza era un vórtice sin fondo; siempre se había llevado mal con el ruido. Ante cualquier sonido que rompiera el límite trazado por sus vinilos, su neurosis comenzaba a desprenderse.

El habitante no era tan terrible como parecía, había llegado sin hacer ruido como un inquilino agradecido de cotidianidad y hogar. Aunque su naturaleza era desequilibrada y ponzoñosa, se sentía cómodo dentro de él. Su vida parecía un sueño, un retrato empotrado sobre la realidad.

Su mujer creía que su descomposición física era un remanso brindado por Dios para encausar sus ideas hacia una etapa de mayor reflexión y, por lo tanto, se empeñaba en hacer cumplir esta demanda sirviendo, tomando cada detalle y cuidado. Guardaba recuerdos de juventud, claroscuros de la vida marital, algunos desencantos que brinda la experiencia. Tenía la necia y crédula idea de que eran parásitos y alimañas microscópicas ocupando el cerebro de su esposo, era por eso que si salían al patio a reposar frente al árbol del jardín le vendaba la cabeza, le colocaba un sombrero para taparle el sol que se filtraba por el ramaje, y así impedir excitar su impasible neurosis.

Después de mucho tiempo tenía la libertad de conversar consigo mismo, a expensas de los aburridos soliloquios de su mujer. Ante esto, su voz se había apagado ya, sólo pensaba en el sonido. Tentaba al recuerdo, ¿era posible acaso que ésta hubiera cambiado? Su pensamiento le tenía asignado un timbre infranqueable a cualquier murmullo. Creía recordar con entusiasmo las últimas palabras emitidas por sus ahora inútiles cuerdas, eran frases insulsas, casi sin sentido, con tantas conversaciones triviales cualquier cosa habría sido coherente y celebrada por ella frente a su ahora limitada capacidad de articular únicamente sonidos guturales y sin forma. Gemía y apretaba los puños, intentando moverse con torpeza.

—Vamos, Rubén, para adentro... Seguramente tiene frío, voy por un cobertor...

El hombre rabiaba al ser arrastrado a placer. Nunca, en todos los años anteriores a su enfermedad, había sentido tanta limitación. Su breve felicidad partía del gusto por la radio, escuchaba todos los programas de la tarde, «música... música», se decía, también disfrutaba enardecidamente de anécdotas que recreaba

escuchando la radio, las cuales no envalentonaban su moral y autoestima, pero sí apaciguaban su psique turbada.

—A lo mejor ya es tiempo de partir de aquí —pensó—, pero decirle a mi mujer que me ayude a salir... No, imposible. —A pesar de sus balbuceos, no conseguía comunicarse.

Había una canción que recordaba y ella tarareaba constantemente: *Llévame al silencio de una tarde lejana...* Se le antojaba una delicia esa pieza, era hermosa. Girar la cabeza cien grados le era toda una recompensa en percibir, siempre asistía con emoción el sonido del acetato que comenzaba a tronar. *Aunque todo el mundo duerma nos traeré el despertar.* La resistencia era su último complemento vital, pero todo su idilio se derrumbaba cuando le colocaban un mandil para darle de comer, o si al terminar le ponían el cigarro en la boca para después arrastrarlo por el pasillo y ponerlo a defecar a la fuerza, una de las pocas cosas que él había disfrutado plácidamente... *Pero las rondas de los sueños se agotaron...* y las luces que se filtraban por la ventanilla junto al retrete se introducían también por sus ojos; las estimaba mucho, pues aunque estrellas artificiales eran una fuente de emoción violenta que brillantaba sus ojos contraídos, apretujados con fuerza, sus córneas que temblaban de impotencia bajo sus párpados. *Porque el miedo se alimenta de miedo...*

—Hágase fuerte... verá... sólo es pasajero —el médico indicó que no se movería durante el tratamiento.

Su mujer guardaba conmisericordia, pues le dejaba un buen sabor cada crisis; pero era ya la hora del asco, a esa hora siempre le daba asco, parecía que en su garganta corrían los habitantes, se deslizaban violentamente como si se tratara de un tobogán infernal desembocando en su débil estómago. Sólo pensaba en el vinilo, como cuando por las tardes volvía agotado de tanto andar, aliviaba

su cansancio y se conducía a diferentes ensoñaciones que le distraían de los inútiles programas de televisión. Un arrepentimiento, quizás. El tedio se amansaba, ya no era el caótico vórtice que le carcomía con lentitud, ahora le succionaba con violencia.

Comenzaba a pardear detrás de la pared, y él seguía escuchando la misma pieza que antaño se repetía una y otra vez: *Llévame al silencio de una tarde lejana...*



## Sobre cómo matar un árbol desde la raíz

El profesor Medina Uranga, militante de un partido de la antigua raíz comunista, aclaró el craso error de su publicación en un diario subversivo, donde afirmaba que, según una antigua tradición oculista condenada por el faraón Seti I, los árboles habían dominado una civilización primitiva y representaban una parte del eslabón evolutivo del ser humano. Una idea extraña para comprenderse en estos días, sin embargo, la comparación morfológica entre las plantas y los seres humanos le costó el reconocimiento universitario en aquellos días.

Su argumento respondía algunas preguntas sobre la reproducción biológica como la base del desarrollo de toda civilización, el proceso reproductivo vinculado incluso con una estructurada so-

ciudad y toda una gama de comportamientos que demostraban su parentesco genético.

—Por ejemplo —afirmaba—, los árboles que crecen en las laderas de los ríos suelen inclinarse, al parecer para sorber mejor el agua y soltar deshechos a través de sus raíces que se mezclan entre el lodo de la creciente; en ese mismo sentido, los hombres primitivos se inclinaban hacia los ríos, no para buscar un vano reflejo como lo hacía Narciso, sino al igual, para sorber el agua y hacer sus necesidades en el mismo lugar.

Afrodita o Venus podrían haber quedado infértiles si los primeros homo sapiens no hubieran borrado con su prominente arte rupestre los retratos de aquella gloriosa era. Antes de los mares inmensos, los árboles habían transpirado sobre toda una estepa dorada por el sol y se habían gestado los lagos; de ahí los ríos comenzaron a tomar su ruta hasta la más recóndita cuenca pedregosa. Era de suponerse que las subversivas referencias de este texto se habían perdido tras una lejana hecatombe, lo suficiente como para poder haber sido relatada por Herodoto, o incluso referida en las trágicas rapsodias de Homero. Ni Sófocles habría podido representar la historia de un Rey Brócoli que sostuvo relaciones con su propia raíz.

—La paz de los solitarios ahuyenta todos los horrores de la ira.

Pocas reflexiones como ésta sobrevivieron de una enseñanza arbórea, más tardías que la cultura hortícola. La carrera armamentista del mundo moderno y los cambios climáticos no representaban una amenaza latente, en el reino vegetal la mayor preocupación era el agotamiento de suministros acuíferos, una inminente catástrofe incluida en las predicciones de los tubérculos, quizá la variable genética mejor evolucionada espiritualmente.

Sus primeras manifestaciones arquitectónicas fueron los Arboliscos, de donde emanaba clorofila, y esto supuso la bendición

de los antiguos dioses arbóreos. Para los sabios del Ginseng significaba la comunión de todas las especies vegetales.

Una nueva especie comenzó a desarrollarse cerca de lo que ahora son los mares del sur y a conquistar rápidamente la superficie terrestre, era la raza Leviatán, bestias estertóreas que atemorizaron toda la cordillera oceánica de la Pangea; sin embargo, al descubrir que en su cola guardaba una sustancia benéfica para el reino vegetal, los líderes agruparon a las especies más extrañas y violentas para detener la amenaza, pero sobre todo para obtener aquella agraciada panacea.

La primera batalla se libró durante meses, que luego se convirtieron en años, y generaciones enteras sufrieron las inclemencias de una guerra insoportable. Los Estramonios lideraban la infantería lanzando espinas venenosas contra aquellas bestias titánicas, un inmenso tropel de Acónitos desparramaban sus pétalos haciendo una barrera que libraban las flechas de las Belladonas, quizá la élite arquera de clase hembra más importante de todas las huestes; pero la élite de caballería eran las Cicutas —aquella hermosa planta que también liberó a Sócrates—; ese reducido grupo arrasaba con su tremendo poder. Las Margaritas y los Crisantemos pertenecían a la nobleza, y desarrollaron las primeras universidades verdes: ocultas sobre las colinas, dedicaban su vida a investigar qué mezcla genética sería más fuerte para soportar la amenaza.

El conflicto llegó a su final cuando se descubrió la reacción alérgica que producía el mezclar una partícula extraída de los desechos de aves —especie subordinada con la que experimentaron durante siglos—, con otra partícula proveniente de las lágrimas del cielo. Esto repelió a los invasores y preservó una era de paz, la época dorada de la investigación y adelantos científicos, las combinaciones genéticas de donde surgieron la mayoría

de las especies que hasta ahora conocemos. Pero la más extraña fue la que todos imaginamos.

Fue entonces que aparecieron los primeros homínidos, de cabezas diminutas, vellosidad abundante y miembros eréctiles, las belladonas les llamaron *Prestus Pitilus*, por su incesante capacidad reproductiva y un prominente desarrollo ulterior. Pintaban miembros sexuales en las cavernas y aquello era de pésimo gusto para la cultura arbórea, tanto que condecoraban a quienes borraran aquellas grotescas figuras de placer. Luego fueron adquiriendo habilidades, la peor de ellas fue un arma ardiente, mortal para la especie, pero sirvió para su prominente crecimiento y la evolución de sus ideas. Comenzaron las primeras presas acuáticas y el dominio territorial, si Heráclito leyera esto seguro quemaría las naves y se ahogaría él mismo en el río.

Los árboles comenzaron a desfallecer, su cultura se vio agotada por una de sus más brutales creaciones. Desde que el homo sapiens apareció, sólo nos queda la imagen difuminada de aquella cultura, floreciente y sabia, que dominó el mundo desde tiempos remotos. Terminando de leer ese viejo pergamino egipcio, el profesor Uranga Medina se encerró varios días a no hablar con nadie, según cuentan se pegó un tiro, o eso dicen, no se supo nada más de él.

Ahora, leyendo este artículo redactado en un papel amarillento cagado por las moscas, sólo me queda decir que el hombre es el depredador más violento y más suspicaz que pudo haber parido la faz de la tierra. Y que a las plantas sólo podemos mirarnos como un objetopreciado, conjunto de todo el orbe natural, dormitando bajo nuestros sueños más oscuros.



## El jardín

Te pones el traje gris, desempañas el espejo y piensas que es un buen momento para continuar. Afuera atardece, repites la frase «en el buen vestir está el tacto». Tal vez es tu noche: después de abrir pista con Marga, sonará bossa nova y los envolverá un ambiente más cálido que el útero de una madre inocente; tratarás de imaginar cómo era vivir en aquel sitio.

La elegancia está en el trato o más bien lo elegante no está en el estómago: alguno de los inconvenientes que da la soltería resulta en un almuerzo convertido en cena y siempre hay algún líquido insalubre para refrigerar; fuera de los alimentos impercederos, las sardinas y los ostiones se saborean mejor los viernes, porque seguro serás la envidia de algún impotente cuando salgas con Marga al terminar el baile y su vestido desentone con la alfombra del *Motel Mirage*.

El portero saludará con apatía, sabiendo que en dos horas más saldrán. El principal oficio del soltero es caminar de vuelta; Marga tomará un taxi, a veces ella lleva los tacones en las manos y camina contigo, pero si no le molestara el humo de tu cigarro, el frío importaría poco, o quizá si alguna fina inclinación del antojo la llevara a acomodarse en un rincón de la casa por esa noche, habría un placer superior. Marga no es de las mujeres que piden una *American Express*, su seguridad no proviene del *make up*, no necesita fotografías con filtro, pero presume a sus amigas las charlas interminables con su profesor de Biología Desértica y lo único que le preocupa es aprobar el semestre. Se distrae en la pista, porque su fidelidad es únicamente con la pista, le es fiel al bossa nova y a los animales desérticos. Ella es un pez metido en un oasis, pero tiene una aleta a punto de secarse.

Te distraes un momento para acomodarte la solapa, algo poco usual en los bailes que frecuentas, y observas que está manchada de catsup; seguro fue de la última vez que salieron a mancharse de catsup. Arriba suena algo de Los Beatles, pero no reconoces la melodía porque las paredes del apartamento son muy gruesas y dentro de ti surge una conmoción casi infantil lamentando estar a punto de abandonar el refugio; te vas finalmente y tienes que brincar al vagabundo dormilón tendido junto a la entrada. Llegó el taxi que pediste hace media hora: la tardanza es otro oficio del soltero.

Suena el mismo repertorio que el viernes anterior, pero ahora no hay mucha gente sentada: fuman inacabadamente, una mujer gorda se carcajea de algún chiste vulgar, esconde las manos detrás de la cintura de un joven e inclina su cabeza sobre la barra como en un paroxismo insaciable, el joven le toca la espalda y le besa la frente. Reír no es lo mismo que besar, pero se parecen lo suficiente para comprender su motivación de convivencia; en ese

momento llega la vieja ensoñación en la que las paredes se caen derritiéndose y el techo revienta con una explosión; parece tranquilo el ambiente y sabes que las cosas importantes suceden en calma, pero pronto pasarán las once y Marga no está. Terminas el *whisky on the rocks* y regresas la incertidumbre de tus pasos hacia la noche.

La semana se resume a los viernes, pero las cosas nunca suceden como te las imaginaste el día anterior. El tiempo estaba a disposición de sí mismo y podías dormir toda la mañana para levantarte a tocar el saxofón o poner suma atención a la fuente de nenúfares en medio del jardín. Recuerdas el tiempo en que Jinx visitaba tu habitación en el segundo piso y se metía desnuda en la tina del baño, aquella tentación colma de ira su ausencia. Su sonrisa era un oropel, un reducto carbónico de su alquimia femenina. Parecía disfrutar más las despedidas, porque el compromiso le auguraba muchos desvelos, podía convertir el oro en cenizas, por eso es mejor desasirse de la fatalidad de un enamoramiento para sostener su cordura inicial.

Te cansa imaginar que Jinx sólo era una ilusión perdida después de un encierro orgiástico, y pesa aún la emoción mordaz que antes colmaba la habitación; en ese momento en que al fin reconociste que Marga fastidiaba con flirteos inocuos su capacidad de amarte menos que el espacio creativo de tu habitación, aún cansa aquella débil actitud: acurrucada infantilmente en un rincón, durmiendo, cual ave doméstica.

Todo es consumible, las paredes también se carcomen y los techos son un cielo a punto de tragarse. La adormidera del patio te recuerda al sueño de la muerte, su aroma es preciso, vuelves a mirar tu rostro cansino: es el de un bufón para quien no existe ya una solución nocturna. Se derrama el vaso. El desprendimiento

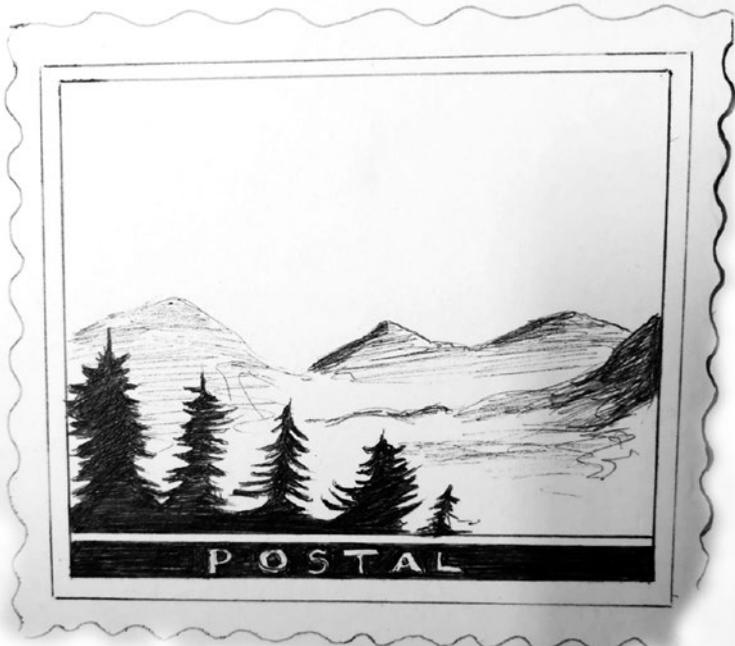
del amor rompe las ramificaciones de los días. Hay desencantos como heridas que ya no pueden suturarse, y vuelves a la calle ante la impaciencia que da el alcohol por los encuentros furtivos.

A cien besos de allí *La casa del cuervo azul* te espera con un sueño narcótico, siempre que invade el desasosiego buscas un poco de plenitud. Sabes que allí está Jinx esperando que pases la puerta de su claustro y te repites aquella frase que sonó al entrar a la casa, tu frase se desarticula con una exhalación y se reúne en la ira del coxis.

Fumas algo muy malo, tal vez le regalan esos cigarros apesados, y mientras te abotonas la camisa notas que han dado las tres de la mañana y tendrás que volver a empezar con el traje manchado de catsup y ahora sucio por la humedad de esa alfombra tapizada de colillas. Se repiten las frases típicas de una adolescente con madurez sexual; nunca un tema de importancia. Recuentas lo provechoso, caes de nuevo en la apatía que te daba al principio y regresa aquella idea en que la vida es interrumpida por el deseo. Siempre existe algo que no se puede agradecer, ni siquiera debería pensarse como un favor o un asentimiento al estímulo. Entiendes que sacrificaste algo muy propio al irte por las ramas en lugar de encontrar el tallo, sientes que tu mundo pesaría igualmente para un ciego, eres un visionario de las pasiones irresueltas, y si no te identificas en ellas, siempre puedes volver al jardín de los nenúfares.

Por fin has iniciado la vuelta hacia el jardín interior, lo demás no tiene importancia. Aunque te induzcas un sueño pletórico tus anhelos diminutos se desplomarán cada amanecer, es un círculo que asciende en espiral. Repites aún la frase que te acobardaba desde la entrada: «Quédate conmigo para siempre». Se lo dices a la musa que nunca salió del abismo, al pistilo que nunca brotó en péta-

lo, la flor más extraña. El jardín recuerda el acontecer de las madrugadas cansadas de incertidumbre; el desorden de los melancólicos viernes suceden a la contemplación de la fuente clavada en medio del jardín; quizás es una desmotivación más para seguir viviendo, o puede convertirse en el ansia por encontrarte clavado en el trago mortífero del primer amor.



## La postal (o Historia de las dos que murieron)

Cuando conocí a Rita, yo soñaba con tener una cabaña en medio de la nieve. Imaginaba las montañas escondidas detrás del follaje de los pinos. Las había visto una vez en una postal que me enseñó aquella mujer de piel corrugada, grandes pómulos y ojos cafés. Siempre al volver de la escuela me detenía en la puerta de su casa. Ella me recibía con agrado, ofreciéndome un caramelo de menta por escucharla un rato mientras le ayudaba a untarse una pomada aromática en la espalda. Al terminar, agradecida dejaba que me fuera con los otros niños a bajar las palancas de la luz o a tocar puertas.

Un día me contó sobre su hermana gemela: le había robado la identidad para trabajar como bailarina en un centro nocturno de California. Rita envidiaba la forma en que su hermana presumía su vida extravagante y alocada, decía que había conocido a Charles Bukowsky e inclusive se había acostado con él, decía que sus pies olían terrible, pero que le gustaba su brutal forma de amar; a mí me parecía extraño que una mujer de esa edad me platicara esas fantasías. Siempre creí que esa mujer era ella misma, hasta que me mostró una postal en la cual había una mujer muy parecida a ella, pero robusta y con labios muy gruesos, abrazada a un hombre barbón y cacarizo. Curiosamente era el mismo escenario inconfundible para mí, la misma postal que me había mostrado antes: un fondo de pinos nevados.

Cada día era diferente, las personalidades iban cambiando: me tocó ver al Rey Lagarto con la misma mujer robusta de labios gruesos; conocía también a Harrison Ford. Desfilaron personalidades desde Mick Jagger hasta Paul McCartney; Jack Nicholson no era nada precoz, pero le gustaba recitar poemas de Lord Byron sobre ella; George Clooney también había pasado por aquella postal. Si me veían salir de su casa, los vecinos se burlaban de mí y a veces no me dirigían la palabra, pero otras me hacían caminar a prisa por la calle cuando los veía levantarse de la acera. Me sentía tan solo, pero no podía dejar de ir a probar aquellos caramelos macizos envueltos en papel rojo.

Pasaron algunos meses y doña Rita seguía contándome anécdotas que eran cada vez más desatinadas. Por ejemplo, aseguraba que su hermana había huido desde California a Colorado junto a otra mujer llamada Thelma en un Impala azul —en ese momento no sabía que era un auto clásico—, perseguidas por la policía interestatal. Ella había sobrevivido por saber usar

un paracaídas obsequiado por Sylvester Stallone, su pareja más estable y a quien había engañado con un tal Terminator. Sus disparates crecían cada vez.

Comencé a aburrirme de aquellas disparatadas historias. La última fue la impresionante anécdota de cuando Brad Pitt la había regresado de la muerte después de ver una intensa luz al final de un túnel larguísimo. Aún me cuestiono por qué atendía esos chistes tan groseros.

Una noche, me cercioré de que los vecinos durmieran, brinqué el barandal y fui a tocarle la puerta. Me abrió la misma mujer de siempre, aunque noté que su mirada era distinta; le pedí entrar a su sala, como siempre lo hacía en las tardes, pero ella se negó rotundamente, e intentando cerrar la puerta, argumentó que no era tiempo para anécdotas y que su espalda estaba perfecta. Pero yo ya había inventado una nueva historia, igual que ella cada tarde, pero completamente verosímil: le corté el cuello con el cuchillo que usaba mi mamá para picar carne. Al salir de su casa, estaba un convoy de policías S.W.A.T esperándome. Luego, Clint Eastwood se bajó musitando un español mal acentuado y me dio la mano, parecía agradecer a nombre del país Hollywoodense por librarlos de aquella mujer a quien buscaban en cinco estados por difamación artística.



## American Express

La tierra es el límite, el cuerpo es el templo de los ángeles caídos. Boca arriba, sobre una mancha de aceite, a Camilo se le salía el corazón. Estaba desnudo, su pecho brillante de sudor parecía evaporarse en el calor del mediodía; tendido sobre la carretera, su mirada no podía haber sido más superficial: sumidos en la derrota, los hombres ya no saludan o guiñan los ojos, sus motivaciones banales riñen con las infinitas horas de ocio.

Vasos de vidrio, humo impregnándose en el humo, hasta los santos llorarían en medio de esa penumbra, pero los verdaderos estaban ahí, acomodados entre billetes y grilletes, aquellos desperdiciados don juanes, juglares de maldiciones, tanta amargura les recuerda su imaginario poder: no eran del club de la serpiente, tampoco del club de los suicidas, ellos jamás pudieron soportar una caricia sincera. Magos, hechizos y pócimas de infortunio, empeñados

en burlar el amor, en soportar vivir con la conciencia repleta de sueños turbios, senos postizos y cabelleras opacas.

Allí todo se paga, dicen sus habitantes, quienes guardan el mismo ánimo. La suerte es lo que amedrenta el quehacer, la capacidad del hombre reducida a una semilla abyecta, en ese mundito todas las palabras son las mismas: megalomanías de algún mezquino servidor público.

Bronceado aún más que el sol, Camilo ha dejado las vaguedades del antro y los blanqueamientos anales. Nada estorba en el departamento de carnes y pescados, los hombres de traje pagan, consumen y luego explotan sus ganas. Con suerte y a veces, ellas pueden mirarse al espejo después de la función, retocarse el peinado, ajustarse las plataformas estilo Gene Simmons, solícitas de curador. Los políticos parecen gallos de pelea enrojecidos por el licor, aún más ardientes que aquellos acróbatas de muecas sardónicas, sonrisas lunáticas y miradas de amuleto, sulfuran en el ambiente sus promesas y castigos.

Mosca diminuta, pero de inteligencia voraz, Beltrán, con su voz chillona, solicita un servicio en privado.

—Tráiganme a la Camila.

Cualquiera pensaría que de su cartera brincan dólares, pero el banquero es amigo suyo y desde hace algunos años se ejecuta un cabrón cada dos fines de semana. Su táctica de cortejo y sometimiento es la misma: la primera semana visita plazas comerciales y los atiborra de obsequios, pasan la tarde en el casino, el día termina con una plática motivacional en su automóvil y una mamada. En la segunda semana pasa una noche en el motel del caballito, habitación 69 —simple numerología—, videos de porno con botargas de Donald Trump —típico adorador de *New World Order*— y un colguije con el águila bicéfala.

Dos guardaespaldas como sacados de la WWE lo esperan siempre a la puerta, además de un kit sadoomasoquista con insignias de inquisidor; sobre la cama de aquella pocilga yace un maricón distinto cada vez, víctima de aquel eufemismo «coges y te vas» con una *American Express* metida en el culo.

Camilo no aguanta las ganas de irse con el licenciado Beltrán, sabe de su ambigua generosidad, se lo contó la mesera del *Fashion Show*:

—Es un don, todo un caballero, pero se pone místico y le da por putearlos. Eso lo comprueban las horrendas fotografías de los travestis que permanecen en la oficina fiscal, pegadas sobre un mapita de la ciudad, sostenidas por clavos y ligas que relacionan más rostros, alias y alguno que otro puesto de tacos.

Le urge una esperanza antes de enfrentarse con un destino atroz. Pasan algunos días y el licenciado continúa haciendo aquellas provechosas apariciones, arremetiendo en varios sectores de la ciudad; su atroz metodología es ilimitada, cuentan que en una ocasión hizo que uno se tomara su propia orina mientras lo arremetía sexualmente, tal vez fue un simple rumor, una exageración de borrachos nocturnos.

El agente Mendoza es el argumento clave para capturar al asesino, custodiarlo por años, refundir su arrogancia. Camilo ha dejado de visitarlo desde la primavera. A pesar de su condición física, el cansancio lo ha motivado a reconocer que será la última vez, se ha perdido en el juego y, bajo amenazas en las redes, sólo resta huir. Camilo aún alberga una esperanza, se acerca el día y no tiene más remedio que confrontarlo.

Una noche, mientras toda la ciudad se estanca en la pelea del siglo, Camilo se dirige al motel donde ocurriría la acción. Según la mesera, detrás del recinto, en medio del estacionamiento, existe un ducto de aire que suministra las habitaciones. Camilo decide

finalmente no ir por ahí, ya que sería muy ruidoso y lo podrían descubrir. Es extraño que un travesti llegue solo, pero a esa hora los clientes purgan su pecado en casa, junto a sus mujeres. Camilo mira una pequeña oportunidad cuando observa a un vagabundo envuelto en una cobija.

— Puedes pasar mucho frío.

Camilo ha sufrido penurias, pero jamás una así, tampoco ha tenido que aguantarse de respirar durante un revolcón como el que está a punto de vivir. Ahora sólo le quedaba un pequeño problema: qué hacer con los guardias.

La cama de la habitación 315 rechina bastante, considera la posibilidad de ejercer un movimiento voluntario sobre ésta, los grandulones podrían no cerciorarse de lo que va a hacer. El juego sería simple: fingir ser una rocola de obscenidades, aullidos y gemidos de euforia. Aceptar la tarjeta de crédito, y en su fetichismo violento Beltrán reventaría de lujuria al marcarle «saldo insuficiente». Pero, absorto en Beltrán, aquella astuta idea del travesti jamás concedería su objetivo, tras un inminente giro de fortuna.

El día en que murió el Lic. Beltrán en las calles sonaban sirenas, agentes y periodistas se amontonaban a la puerta de la habitación 315 para comprobar lo irrepetible: años de búsqueda inútil. Pudo haber sido una simple incautación de bienes, pero resultó ser la incógnita policiaca de toda la década, ¿quién en su sano juicio podía haberse acostado y dejado sodomizar por un vagabundo? ¿Qué habría pasado con la *American Express*? Camilo, postrado en medio del calor, bajo un Camaro, imagina de qué forma lo habría premiado Mendoza si lo viera en esa poderosa máquina. Le diría:

—Aquí está tu cheque, vencimos.

Pero nunca entendería el verdadero significado de una tarjeta de crédito.



## Mi perro Diógenes

Tuve un perro llamado Diógenes, el nombre lo leí en la enciclopedia Salvat olvidada por un tío que estaba medio loco. Además de sonar muy curioso, su nombre tiene un fundamento sofisticado. No lo encontré en una cesta de cañas, ni alguien subversivamente lo había abandonado en mi puerta: el pequeño habitaba bajo el escape de un carro, tenía cara de tristeza, estaba flaco y muerto de sed. Le ofrecí un poco de mi Coca Cola y me fue siguiendo a casa.

Entré y mi mamá preparaba una sopa y le presenté al nuevo inquilino, no le pareció mala idea que lo cuidara por un tiempo hasta encontrar a sus dueños, le expliqué que lo habían abandonado. Acondicioné un rincón bajo la escalera y allí permaneció unos días. Le dejaba la puerta entreabierta para que saliera a orinar. Un día rompió un póster de Britney Spears que misteriosamente guardaba mi hermano junto a la letrina: eran tiempos de amores púberes. Al

primer descuido, Diógenes regresó a la calle inmediatamente, creí que estaría bien, ya que los perros son felices en las calles porque siempre tienen a dónde ir.

Pasaron unos días y nos volvimos a encontrar: estaba famélico, tirado bajo un automóvil abandonado. Realmente era curioso que un perro tuviera esa displicencia hacia el mundo, seguramente quería morir, pero ya no podía llevarlo a casa. Decidí dejarle comida cada vez que iba de camino a la escuela. Siempre llevaba las sobras de mi almuerzo y los desperdicios en buen estado, no dudaba en guardarlos en la mochila. Pero siempre vomitaba la comida en buen estado, así comprendí que le satisfacía más comer alimentos caducos y que el periódico sobre el cual dormía era la sección de «Sociales». Siempre lamía sus patas con arrogancia y jamás meneaba la cola a la gente que le ofrecía un guiño.

Al descubrir su presencia, otros perros se acercaron para acompañarlo un rato, éste parecía darle consejos a un poodle tuerto —quien después le haría guardia por las noches—, meneando su cola y asintiendo con gran encanto. En un par de meses, Diógenes se convirtió en un perro muy popular, había crecido enjuto debido a la cantidad casi nula de alimentos que consumía, conservaba la misma mirada triste pero parecía tener un semblante de sabio, adusto e impasible. Tenía ya una gran popularidad entre los demás perros, seguramente conseguiría un bienestar absoluto, pues eso parecía determinar su tranquilidad siniestra. Comenzaba a apoderarse de los territorios de otros perros grandes, lo supe porque sólo él orinaba los autos en toda la cuadra, los demás tenían que esperar a que el sol secase su rastro.

Pronto comenzaron a llegar perros de otras calles, sus conocimientos sobre la perristilología, la guaumática y la rabioteurística habían traspasado los límites geográficos, incluso los epistemológi-

cos: «Mastiquen hierbas para purgarse, hermanos perros», sentenciaba en sus caminatas vespertinas.

Algunos gatos reincidentes de los arañazos y las orgías terminaron aconsejados y libremente le brindaron tributo: con latas de Whiskas le construyeron un monumento donde lograron inscribir una avasallante memoria en latín (lengua en la cual era un docto): *Canem felini lupus est*. La aristocracia esclavista de los hombres jamás permitía que el desinterés de Diógenes tuviera una implicación negativa en la vida de los animales domésticos, pues él creía que la domesticación era una falacia para cegar la libertad de los espíritus perrunos.

Su ideología detonó una revolución anarquista que finalmente fue desintegrada gracias a la intervención de un escuadrón de perros pekineses de raza bélica, dirigidos por el gran Khan, y Diógenes les envió su agradecimiento argumentando que no había sido su intención aquel atropello.

Sencillamente había encontrado la iluminación, para sus discípulos finalmente logró convertirse en una especie de don divino, por haber alcanzado una virtud sincera para sí mismo y honesta con su doctrina. Seguramente habría una cruel traición al poder mesiánico cuando en una tertulia aulló una misteriosa frase: «Hoy, uno de ustedes me ha de traicionar».

Un domingo, mientras regresábamos del supermercado, mi madre y yo vimos un gran alboroto en la cuadra: había un montón de perros agolpados en defensa del sabio, tenían a mordiscos a los agentes de salubridad, quienes finalmente terminaron propinándoles una golpiza y encerrándolos junto a su líder espiritual. Dicen que al llegar a la perrera municipal, los carceleros guardaron a Diógenes en una celda aparte, por temor a una conspiración y sobre todo a una inminente rebelión perruna. No era tan cierto que predicaba

con la paz, decía que «el desengaño de los hombres es más que morir en el sinsentido de una celda»; el perro más sabio aulló todas las noches hasta el último descanso en su rincón, los celadores cuentan que antes de su muerte, Diógenes, el sabio, transformó los caracteres más inhóspitos y, cargando con una culpa inmerecida, el perro liberó a muchos espíritus atormentados.

Ahora me inquieta recordarlo royendo los huesos de la vida, complacido en su refugio bajo el escape de un auto, saboreando su abrupta soledad.



# Soy Dios

*Para Nich*

Me han asesinado fríamente. Mi último recuerdo es un golpe en la nuca, muy duro. Luego no supe más de mí. Fue sólo un momento de agonía, luego el silencio.

Caí como lo hacen los héroes trágicos, luché contra el Agón de un mundo que jamás me comprendió. Aun así lo hice trizas, como pueden observar en la nota periodística —una más, de miles—. Olvidé mi última palabra en vida. Para quienes me miraban como uno más en la tierra de los desahuciados, les digo que ya me he secado tus lágrimas, y me cansé de distraer mi atención a las minucias de la vida común: trabajar, beber, coger, ser un adulto con problemas.

No fui a la universidad, ni escribí un libro completo. Viví delirios agobiantes, primero por días, luego semanas y así se enmarcó mi personalidad sublimada. Cero representaciones, nada de teatros, una realidad que recrudeció mi carácter.

¿Preocuparme por ser reconocido? No, soy único, pero no

«soy el que soy», ni la unidad, ni la dualidad; tal vez sólo me comunico por signos, cosa que ya no puedo hacer: se me agotó el saldo y ni siquiera mi línea telefónica está disponible. Si pudieras pedirme lo que sea, me negaría rotundamente. No hago favores, ni le atizo a las religiones precoces, a los cultos molestos que atiborran ideologías. Pero aún creo en la palabra y su poder.

Una vez tuve un dolor estomacal que confundí con nerviosismo amoroso, pero después defequé mi sentir hasta que me vacié por completo. Puse a mis padres de cabeza, como también ellos a los suyos; finalmente, el amor filial se saborea en el clan, ahí fue donde encontré ese amor sin pretensiones. Les grité: «Soy Dios», mientras me despidieron con ovaciones, como si realmente me conocieran.

Si visitan el funeral de Dios, deben tener un poco de valentía, al menos. Algunos llegaron por el café, otros para cerciorarse de que estaría allí, inmóvil junto a una gastada fotografía de juventud.

Me ha tomado mucho tiempo admitirlo. He muerto. Y aquí ya no valen nada tantos libros acumulados, lecciones de teosofía, metafísica o manuales de supervivencia cósmica, ni una teoría fundada en el súper hombre que me resultó un alivio en el pasado. Eran ideas inútiles ante mis ojos que sólo miraron la vida con profusión. Así como he vivido hasta este momento.

Maldigo una forma simple de morir, sin un método; he impregnado de ira el corazón de los hombres. Así como caí en una trampa muy simple por el calor de un cuerpo, también es responsable la autoridad simplista, con ínfulas detectivescas, pura faramalla. Seguramente me abandonarán, los dioses somos grietas en la sociedad, calamos hondo y nos olvidan tras bambalinas, bajo la cruz de los que han pasado en el anonimato.

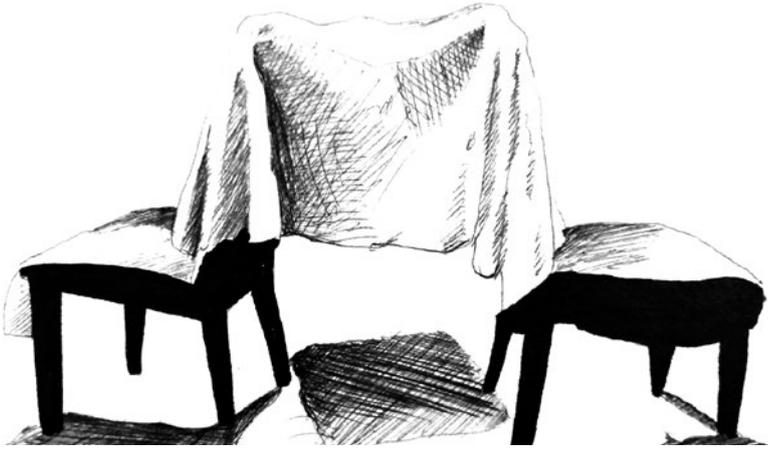
Muchos me han despedido con canciones, elogiando mi

brutal y maníaca forma de ser, otros lloran como Magdalenas, acosadas por el temor a la muerte. Algunos me creen vivo aún, como si no supieran aceptar esta derrota final.

Se lo dedico a ustedes, a los ausentes, y a ella, con quien soñé hasta el último respiro; también a quien se tomó la molestia de sacarme de aquí, de mi cárcel humana. A quien reconoció en mi voluntad una muestra de la poca libertad que pueden tener los hombres. Finalmente me disculpo, he atropellado sus ganas de vivir por un tiempo impreciso.

Sólo es una disculpa, jamás una reverencia.

Soy Dios.



## Crimen confeso

Antes que nada, hay que tener muy clara una cuestión: las mujeres tiban las camas, pero descontrolan las horas laborales.

No tenía nada más qué hacer ese día: la oficina en orden, mi reloj de mesa limpio y ajustado. Salí con la leve emoción que da la espera: descansar la jornada, más en estos días de agitaciones mórbidas. Portadora de mujeres grises y hombres ebrios de un trabajo cuya resaca es ya imposible, la ruta siguió su orden cerrado, con el desinterés que nos convence de no ir realmente a ninguna parte. Pero siempre al mismo lugar.

No hay culpa. El hogar es como un animal desmemoriado que recuerda cuando no hay que hacerlo, para ayuntarse salvajemente, justo cuando el límite del deseo se trastoca. Y persiste.

Maté a Marga. Sucedió con naturalidad, sin discusiones brumosas o motivaciones absurdas. Simplemente tomé la .22 y le

di, descreídamente, sin afán de auto convencerme de que era lo último. Limpié la pistola, así me había dicho Gómez, con la mirada bien fija: —Si realmente lo vas a hacer, no la pienses, tú dale. —Y dándole una bocanada al humo del cigarro—: luego uno se puede arrepentir, esa es la parte difícil.

Cómo no soportar esa línea de incertidumbre. Sobre todo mientras desmiento mi promesa de amor. Por otra parte, he correspondido al ultimátum de tantos avisos ignorados. Ser tolerante es un juego de bufones, aunque cabe la posibilidad de ser el rey y gobernar con tiranía. Puedes aprovecharte de un débil, y —luego de sentir culpa— ver cómo se agolpa a la conciencia y se torna insostenible; pero destruir a una gorda ociosa es una contribución más a la superación de la especie. Descansar es el placer más humano, pero me resulta imposible soñar desde entonces.

Ese día desperté a preparar el café, la tinaja del baño despedía un aroma desconocido y se confundía un poco con lascivia o carne caliente, dicho en concepto de poesía mundana. Ella dormía plácidamente, la cara metida en la almohada, babeando como ser ignoto.

No recuerdo bien lo que pensé al levantarme, sólo escuché su bufido de molestia. Luego, la ahora puerca en canal pidió que me saliera rápido y que le apagara la luz. A la orden. Fui rápidamente a la cocina, prendí la estufa y puse a hervir agua.

Desde allí pude verlo.

El niño, calladito junto al sofá, con cara inquieta, desentonaba con la imagen postal que se mira desde el pasillo, donde una pareja contenta y ruborizada se toma de las manos y sonríe. Eran sus padres, quizá en un viaje por la sierra, el fondo silvestre, un somnoliento atardecer sin nubes, enmarcado por un sol cuyo semblante anunciaba un invierno precoz. Seguro intentaba olvidar aquella

amarga noche de visceral confusión en que le dieron su castigo por no levantar el asiento del baño o alguna minucia común.

Hablé con él.

Le conté la historia de un rey inhumano (lo inhumano es algo feo) que vivía con su reina (inhumana también). Tenían un hijo que se llamaba Irato, el nombre no importaba entonces, lo que sí es que era humano y no podían conocerlo por esa condición. Les parecería monstruoso mirar sus manos y pies humanos, su caminar erguido y que portara además una belleza distinta a toda esa inhumanidad.

Cierto día se convencieron de dejarlo salir. Anduvo por todos los pasillos y salones del palacio. Estaba feliz. No conocía la mayor parte del reino, los súbditos se fueron apareciendo entre los aposentos de los reyes adornados con toda clase de vegetación (principalmente violetas y claveles), preguntando por aquella extraña forma de vida. Algunos bajo la desesperación de no comprender si existía algún peligro para los reyes o ellos mismos.

El rey tranquilizó a los súbditos diciéndoles que era un simple humano, que no debían temer, que la reina lo procreó en tierras lejanas, bajo el signo del adulterio, y por aquella condición había estado oculto hasta ese momento.

Los súbditos se alejaron tranquilos, nada debían temer. El hijo liberó su condición humana hasta saciarse, mintió, blasfemó en contra de la ley, asesinó a placer, después heredó el trono.

El rostro del niño se tornó sombrío, hizo una mueca irónica y se metió a su casita improvisada con toallas y unas sillas del comedor. Le encendí el televisor. Le indiqué no salirse aún, porque ahora el hombre, el señor Irato, debía hacer los honores esa mañana.



## Pezones de jade

Chalchiunenetl, esposa de Nezahualpilli, vivía dispuesta a celebrar el triunfo de su señor cada noche. La promesa de su juventud crecía conforme su belleza y recato. Su mirada era un espejo de agua, iluminado por el lago de Texcoco, que aún visto de cerca parecía incomparable al límite que tiene una princesa con ese poder a sus 16 años.

El espíritu de guerra ceñido al corazón de Anáhuac había dado pie a las peores hazañas que la propia guerra florida encumbraba con violenta necesidad. Ella misma tenía el cometido de satisfacer las ganas de su señor y ennoblecer aún más el linaje que contemplaban, con artimañas políticas de su padre Moctezuma II.

No era necesario agradecer a Huitzilopochtli: la princesa había hecho inmolar decenas de mancebos con torsos viriles, atletas, criados, bellos en su mayoría, inteligente ninguno. Creía inferiores a los esclavos y a pesar de su vorágine, los excluía de sus planes. Guardaba toda clase de fetiches: arcos de caza, puntas de obsidiana y cualquier otro melindro carnal. Su antropofagia acumuló cientos de osamentas, precisamente apiladas con joyas y plumas de quetzales

por ornamento. Sus criados desconocían el origen de tan aberrantes formas, traídas tal vez de la región oscura en donde los muertos se manifiestan carnalmente con los vivos.

Tan grises sus ojos, palidecían al ver terminar a sus amantes, primero por placer, luego por el irremediable sufrimiento; le llenaban de inspiración para inventar nuevas técnicas de dolor y gozo. Nezahualpilli no tenía en cuenta la astucia de Chalchiueneatl para evadir preguntas y dominarlo sexualmente. Aunque soberbio y altivo, vivía cegado a los vaticinios de sus sacerdotes. Las omisiones de Ometecuhtli —sacerdote lego nacido en cuna noble y de intrépida jovialidad— sobran en cuidados para la princesa, con quien compartía el gusto por la astrología.

La Triple Alianza le devolvió la paz al líder Nezahualpilli, quien ya se ocuparía en yacer plenamente con su amada para traer al mundo la gesta heroica que señalaban las profecías. Pero llegó el fatídico día en que su necesidad cesó y pudo abrir los ojos.

Tres nobles que habían conseguido salvarse del brutal castigo, después de encumbrar a Xochipilli (diosa del placer), ceñidos a la desnudez de la futura reina, huyeron de la ciudad y sirvieron de informantes. Su cobardía los obligó a enviar, junto a la confesión de aquella falta, dos piedras de jade que la princesa utilizaba sobre sus pechos, olvidados en algún lugar del recinto. Al enterarse de tal aberración, el llanto que Nezahualpilli contuvo se convirtió en cólera. Maldijo a las piedras que portaron los injustos, al oropel de su propia derrota.

Fue difícil para el nuevo Tlatoani enjuiciar a la mujer que había amado encarecidamente, y optó por no mirar su trayecto, junto a esos cómplices blasfemos, hacia la piedra de la inmólación. Allí, donde se purga la abyección de nobles y esclavos, para darles final castigo frente al ídolo del adulterio.



## Rumiando con mi sombra

Hace tiempo que no converso con mi sombra. Antes entre ella y yo no había párpado intermedio, ni sobriedad en el trato. Coincidíamos en la simpleza de las tardes, y la conciencia de estar siempre a punto de despertar.

Me despedí de ella un sábado. Me atiborré con unas pastillas guardadas para la ocasión: *alprazolam*, *clonazepam* o *diazepam*, la sonoridad de su nombre era inocente.

Desde este punto, el que pueda verla sonreír o no me es superficial. Mientras la desvisto me anuncia: «Algunos umbrales son

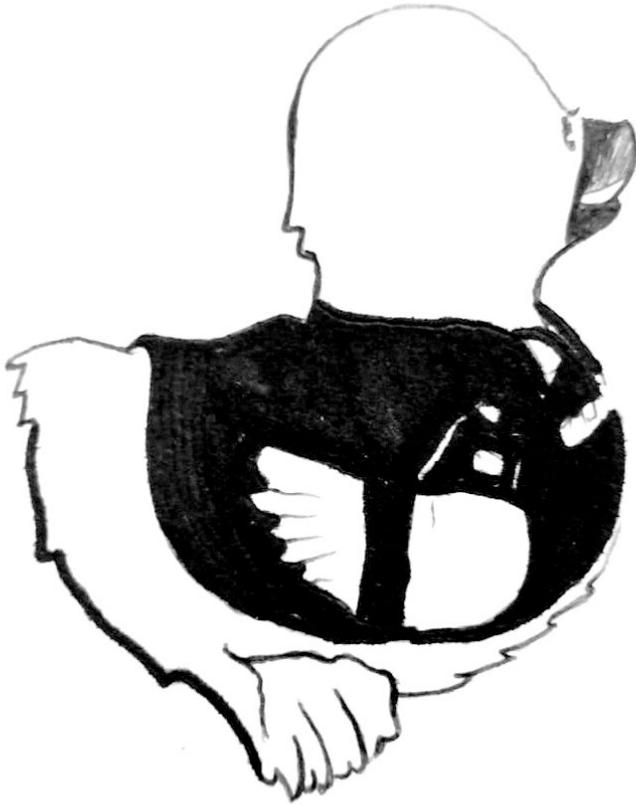
eternos», pero que «ya pronto va a clarear y volverás a ser feliz». Lo dice sardónicamente, como persiguiendo serpientes acobardadas por un pie sobrante y colérico.

Al penetrarlo, el umbral iluminado por dos faroles antiguos termina cerrándose en un punto de luz acuosa; es un señuelo, me repito. Pronto estaré despierto y lo olvidaré por completo, pero en este momento puedo sobornar a mis párpados un tiempo más. El coctel es afrodisiaco, y sé que mañana no podré dormir, que mañana sonará la alarma del regreso.

Pronto surge, misericordiosa, la inminente expectativa de que esta vez Rosaura no permite cobardías infantiles y soportará este libido sombrío: un coito febril, por el que una vez en la vida la inculparé de vanidad. Luego, su rechazo onírico. Nuevamente los umbrales, después un incauto desasosiego que no mancha, indoloro.

Soporto mi actitud diurna, mis ganas de dormir otra vez, ir con el fármaco agradecido por el cautiverio nocturno. Por el placer de no ser yo en el acto, por dejarme dominar por mi sombra y algún día quedarme con ella, siendo pastora de mi rumiar en el encanto de Rosaura.

Ella sabrá entonces que los umbrales tienen un límite, que se trastocan a veces y que la falta de amor recrudece a los insomnes.



## Top duck

Un pato, amigo mío desde la infancia, ha encontrado en su cofre del tesoro la panacea del dolor. Llegó un día, por encargo de mi padre, en tiempos de alboradas transnacionalitas y desfalcos al país; vestía siempre chaqueta negra sobre una playera azul, los pantalones le sobaban, el *Made in Taiwán* de su cola era incomprensible para mí entonces.

Este pequeño animalito, compañero de aventuras, empecinado de carácter, meditaba poco sus empresas: no le gustaba discutir. Su peor condena era ese carácter firme y una personalidad impredecible: podía estar cortejando hábilmente a una Barbie un día, y el otro estar metido en un lío con los Caballeros del Zodiaco. Le resultaba aburrido hacer fiestas del té, o las típicas reuniones con ositos de felpa. Era el primero de mando en el escuadrón «Combate», olvidados centinelas en una maqueta que jamás terminé.

Ni Indiana Jones podría haber descubierto un tesoro de tal magnitud: una docena de *Paletas Payaso*, dos cajas de *Rockaletas*, medio kilo de palomitas de maíz y dos litros de *root beer*. Había encontrado el Santo Grial, Arturo y sus caballeros altivos no habrían sentido una satisfacción mayor.

Top Duck es un espíritu trágico, no ama a nadie, su destino es abandonar en los confines de la memoria a todas las mujeres del mundo.

Pero como en todo agón, el héroe debe despeñarse contra lo más crudo, hacia aquello que sublima sus habilidades mundanas y lo coloque en el culmen de las grandes hazañas.

Pero era un pato al fin y al cabo.



## La insoportable profesión de Godzilla Jr.

Indescriptible, inconmensurable. Pasar treinta y tres meses metido en un huevo de laboratorio, soportando centenares de experimentos genéticos, conflictos matrimoniales de científicos, para finalmente convertirse en una celebridad hollywoodense.

Sabe que es difícil despedirse de la bastardía y adoptar una pose matona, devorar automóviles y edificios de utilería; aprenderse un libreto redundante en el *¡groar!*, y el *¡ñie!*, para quizá figurar un día en un espectacular de Broadway, como personaje auténtico, de método, orgánico, aquello que consagra a los actores.

Pero sigue siendo duro desperdiciar el verdadero talento, vivir sombrío bajo la reputación de una madre ausente, ser un reptil muy grande para no aceptar imposibles y demasiado pequeño para reconocer que los dinosaurios están sobrevalorados. Que su ego es frágil.

Entender, finalmente, que los dinosaurios se han extinto junto a su amor propio.



## Día del juicio

Y bien, los dos se dispusieron a quererse desde el principio. Pero los novios y el sacramento matrimonial siempre son objeto de críticas malévolas, más en aquel país de la envidia.

Estuvieron toda la noche anterior inventando, entre mensajes de texto, lo que sería aquel momento único en sus vidas. Ella siempre reclamó a la primera oportunidad sobre planes futuros, él sopesó cómo sería el día después, qué tanto envejecerá y en cuántos años, qué futuro pronunciaron sus votos frente al altar.

La novia y sus obsesiones habían hecho traer, del bolsillo de un adinerado padre, una colonia de mariposas monarcas, que a pesar de haber sido noviembre arrastraron por el simple placer del ornamento.

Las soltarían en un momento preciso, justo en el esperado sí, sobre una playa cubierta de brisa marina.

Sería hermoso poder retratar con detalle ese horrible momento en que, después de los votos, la novia se deshizo en un berinche cuando los pajes —niños de familia— soltaron a los pies de los novios un montón de mariposas muertas, algunas moribundas, otras intentando despegar, en aquella playa de arena cálida y con la marejada a cuestras.



## Hipopótamos azules

El diario de un misionero sifilítico afirma que los hipopótamos azules habitan en pareja, comen durante la noche y vuelcan algunos barcos pesqueros cuando se les viene en gana. Lo apunta enfáticamente, pues las madres hipopótamos se desvelan por educar bien a sus crías, quienes, dicen algunos expertos, en su mayoría se empeñan en ser *youtubers* al terminar la preparatoria.

Puedes encontrarlos en zonas selváticas de África, han servido de inspiración a muchos artistas por sus soberbias características corporales —se les acusa de extorsión estética—, pero sobre todo por su capacidad conspirativa en el reino de los grandes mamíferos acuáticos. Algunos padecen de la divina enfermedad de *Tourette*, y cuando se les diagnostica son vendidos a compañías circenses al rededor del mundo.

Los hipopótamos son azules, pues viven sus depresiones en compañía de negros solitarios, a quienes no pudo esclavizar otra cosa que la desgarradora nota de un blues.



## Zapatos rotos

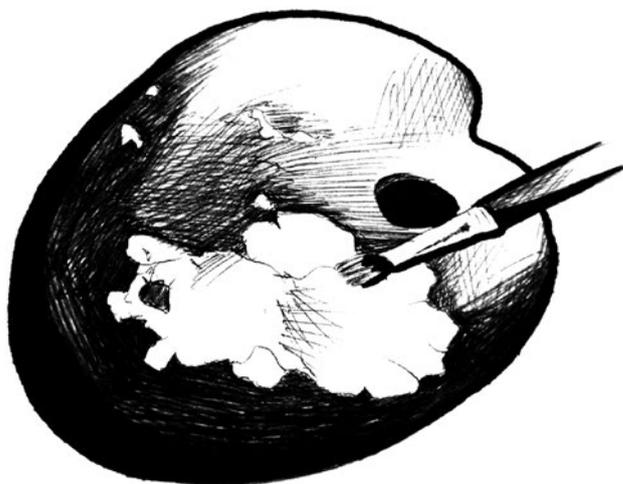
*Para el chofer que nunca tuve.*

No hay dedicatoria ni gesto humano más honesto que el agradecimiento a mis dos grandes maestros: la soledad y el desprecio.

Tener un chofer particular resulta algo inservible. Las nuevas generaciones agotan el concepto del pro consumo. En mis años de juventud los taxis se arremolinaban afuera de cines, teatros y prostíbulos, era una estrategia para cuidar la noche, para no ser un derrochador de emociones, ni malgastarse en banalidades propias de un señor sin casa.

Preferí siempre invertir en zapatos, caminar hasta romperles las suelas. Caminar, para no escuchar discusiones, el camino es más ágil y seductor en compañía de un buen recuerdo o alguna lectura reciente. Caminar estimula el vaso conductor de adrenalina meditativa, es mejor que meterle al acelerador y brincar topes como carrusel.

Económico, saludable y recreativo, eso lo confirman mis anteojos amplificadores, puedo verle las nalgas a tu tía a un km. de distancia; pero mi caballerosidad consiste en no mirar, porque siempre me he dirigido al mismo lugar: el panteón municipal # 4, donde reposan eternamente mi mujer y mi hija.



## Las manchas

Parecía estar condenada a perder. Había dejado atrás las inclemencias de la ciudad para albergarse en una moderna habitación. El lugar contrariaba su gastada presencia. «Llegar a viejo es dejar de soñar para vivir en un sueño». Tenía enfrente aquello que no había terminado. Durante su estancia en la ciudad, había dejado pasar minutos, horas y el pincel no se movía de su sitio, permanecía reclinado sobre un carcomido tablón junto a una paleta manchada de pintura gris, seca por el tiempo.

—Cómo quisiera poder hacerlo, de una vez por todas.

Arrastraba los pies alrededor del pupitre.

—No sé si tengo el don de borrar las manchas de mi piel, pero presiento que algo muy grande va a ocurrir hoy.

Afuera, mientras atardecía, delicadamente postrada sobre una banca del parque, una joven cubriendo un incontenible bostezo se preguntaba si era el cansancio o la luz moribunda lo que iba pintando unas ya pocas sutiles manchas en sus manos.



## Anomia marital

Y él decidió reventarla de una vez.

Pero no la reconoció luego que entre todos sus diminutivos, insultos y desacatos, persistía esa luz armoniosa de dos amantes que juegan a ser cómplices de silencios.

Y sin un juez cabal que confirmara la dimensión criminal que guarda la palabra, el propio silencio le otorgó su libertad profana, el misticismo de no saber cómo ni dónde, ni porqué el hastío...



## Óleo sobre piedra

La mala hora. El súbito se despido de la tienda departamental: «Se le cita al señor S a Recursos Humanos», dictó una nueva enmienda en su vida. Salir repentinamente de un trabajo abrumador y mal pagado; conocer de pronto el oficio de ilustrador forzado. Pues un día después, dos cubetas de pintura roja le indicaron su destino. Óleo en piedra, narraron los periódicos su real hazaña, en las paredes de la tienda, el vástago uniforme de un miembro viril, antropomórfico, el retrato de un proceso de infamia y rencor: el rostro del jefe con aires de placer y dolor tenía por bocado el viril miembro, que sin firma ni seña de identidad quedaría como otro chiste en los curiosos anales del desempleo.



## La culpa

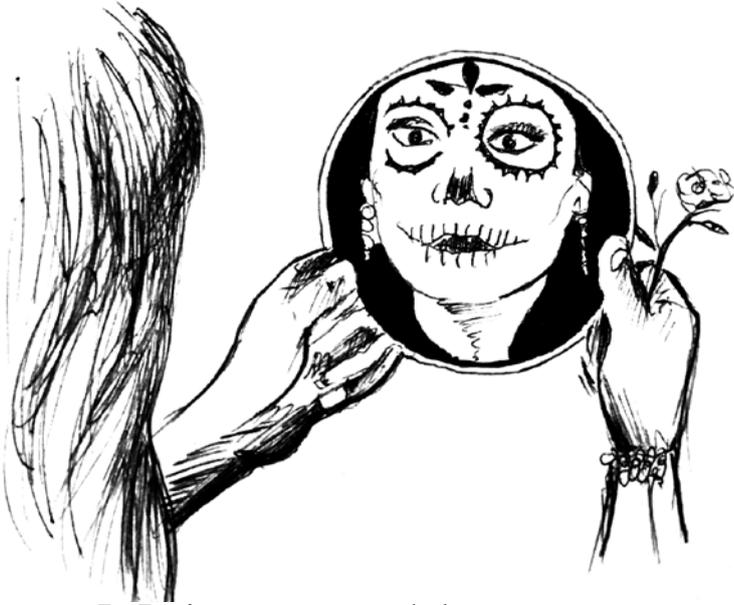
El vórtice de los días, categorizados detestables y cotidianos, engulle a los trágicos, y a su vez les brinda un revuelo cómico, chocante como lo irregular de un gesto o la marca de una liga en el cabello.

Sin embargo, allí no ocurre algo importante, quizá una ventisca prolongada o los ronroneos de Máximo, que se pliega con flojera en la alfombra, como diciendo: aquí no hay furia encerrada; fuera de mi mismo, todo lo demás perece.

Él es hijo de un aristócrata y una funambulista. De nariz pegada al rostro, cola retorcida y obtusa. Ella tiene la contraparte: sus nalgas son firmes y su nariz prolongada.

Ociosa, la vida toma formas, transfigura, se confunde. La tarde augura lloviznas precoces. Pero aun así han ilimitado su estadía; ellos se quieren a pesar de los altibajos, fugaces como un amor infantil.

Encuentran su sentido en los cabizbajos y enhiestos confines de la precariedad, en palabras insólitas: sus nombres propios y algo más. Para quienes podrían mirar, solo son una adolescente y un gato. Quizás luego, ante sus ojos expresivos, llegará un hombre con blancura en las sienes, atosigado por el sol veraniego. Le recitará el verso de una canción funesta. «Los caballeros se roban del corazón la vergüenza», piensa, mientras se abraza a Máximo, ahora su inocencia humedece la tarde, que se rompe en estrellas sublimes.



## Mujer a espaldas tuya

Caben dos cosas en este tugurio: la paternidad y un puntapié. Allí Lolita se quita el sostén y te maldice por siempre, y Juana, la loca, se convierte en rapaz al tocar la pianola oxidada del fondo.

Todos vienen a cumplir su inspiración, hacerla estallar, y aprenden a ser malos escritores: dejan que la nostalgia por los buenos tiempos se preñe de melancolía.

Y se oye mencionar que un hijo es la maldición del cariño que al futuro le corresponde transitar, quizá romperse la nariz o machucarse la mano en una puerta.

A mi hijo, el único, le faltaba conocer a Jesús, a Nietzsche y aproximarse a las turbias enseñanzas de un don Juan. Reconocerlo desaparece mi angustia de no corresponderle plenamente. Invitarle un helado, pagarle la Universidad: da igual. La correspondencia es vital para aclarar el mundo.

Y no importa si me rompe un cuadro, o me moja un libro valioso. Lo quiero como al retrato de mis padres, medio velado, soportando un eclecticismo singular y monótono.

Al final del tugurio, recitan a un Dante immaculado; bajo una atmósfera de arabescas notas, Juana se encumbra con la piano-la. Se oye decir: «Abandonen toda esperanza». Para los que ya han vivido, y para los que no han notado a la mujer de espaldas, en la barra, sorbiendo una vez más el immaculado licor de una aventura imposible.

Escucho su voz en mi mente.

—Cuando vacíe este vaso medio lleno, me llevas a casa, estarán solamente un gato amarillo, una puerta sin manija y un colchón, me dirás que no hay agua caliente y que el café está por terminarse. Al final me desvistes.

Ahora la mujer voltea ante las miradas atónitas de los borrachos, hace rato que Juana y Lolita no salen del baño, y la atención se vuelca en ella. «Es la muerte», murmuran; para mí, sus cuencas son un alivio. Justo cuando me ha vuelto la corazonada de que el amor existe, me cierran la puerta en la cara. «Se acabó por hoy», me repito.

Emprendo el retorno, a descreer lo de la mujer y reencontrarme con esa urna de cenizas donde descansa un trozo de mi vida.



## Sobre qué hace una celebridad un lunes por la mañana

¿Me reconoces? Soy con quien sueña tu mujer, pero no soy aquello que lastimó tu fidelidad y sus consecuencias. Ser infiel es un castigo de la paz, de la paz pasiva. Jamás me imaginé verme en una pantalla grande, con mi rostro fingiendo ser feliz; tampoco aspiré a estar en la portada del Times y mucho menos participar en colectivos altruistas. No soy neoyorquino, nací en un barco carguero camino a Manhattan y ahí, entre marinos de importación, aprendí este acento que mojó a tus primas a finales de los 90.

Pero la vida no es sencilla: hacer comerciales de dentífricos o posar desnudo por más de cinco horas, mientras un grupo de adolescentes dibujan a trazos lo que podría ser el egocentrismo homoerótico del posvanguardismo, donde mi pene o pectorales sirven como aparato estético.

Me excitan los nombres como «César Luis» acompañados del presente declarativo «no soy tu padre». A veces también es fetichismo del bueno, ver a un hombre desangrarse por una mujer, desangrarse en el buen y patético sentido. Tampoco creo en que los milagros sean de los santos y los nobles, mi lenguaje cotidiano es más posmo que el gongorismo del *diezysiete*. Odio los aromas fétidos de la ciudad, toparme con hombres trabajando en la calle, y también a la gente que pisa raya.

Pero siempre que es lunes por la mañana, me despierto con la bragueta abierta y la firme convicción de mi desencanto al ver una taza de café, humeando como infierno, gritándome al oído que «la fama sólo la tiene el de abajo» sin ningún tipo de morbo ni albur coloquial. Y lo bebo a sorbitos, para esperar a que el martes me ignoren de nuevo los influencers de Youtube.



## Alarma perdida

Despertar sabe a cólico, ya sea menstrual o flatulento. Afán de tiempo muerto en cuyo refugio soñamos. A veces, la zozobra que alimentó nuestro quehacer nos muda de cuerpo, y afuera, mientras el tráfico ahuyenta la melancolía de no hacer nada, en el centro ritual del dormir nace un *sincreacionismo apático* que mutila cada esfera de la personalidad. No hay ningún loco, sólo gente que trabaja.

Afuera están los buenos y algunos que se despezaron sin ganas de hacer cara a la verdad: yo duermo. Porque dormir de día es un buen recurso para el acontecer nocturno. Sólo es eso, la madrugada en ciernes y ningún desorden mental. Sólo son mis sin ganas de hacer del mundo un lugar mejor.



[www.pech.icm.gob.mx](http://www.pech.icm.gob.mx)

Impreso y hecho en México por:



**Grupo Industrial Gráfico**

la más alta calidad en artes gráficas

Este tiraje consta de 300 ejemplares.

Imapcolor, S.A. de C.V.

Av. Luis G. Urbina #130

Complejo Industrial Chihuahua

Chihuahua, Chih.

Tel. (614) 388 3600

[www.imapcolor.com](http://www.imapcolor.com)

Printed in Mexico



PRIMERA EDICIÓN

AÑO 2022





## LA FORTUNA DE UN PERRO

CÉSAR ILZIVIR

La fortuna de un perro es un conjunto de emocionantes cuentos que resaltan la extravagancia de la vida real. Desde los espacios inhóspitos del cosmos, las dificultades de Godzilla como celebridad, el dolor y la violencia que devienen con la miseria, las diversas obsesiones que nos embargan; es todo parte de una propuesta con gran densidad estética y un valioso apego a los detalles. A través de la ficción, el autor hace posible un acercamiento a lo más grotesco del ser humano; y también a esas virtudes que le rescatan del caos total. Sin duda, en alguno de los personajes, o en cierta anécdota, hay un mensaje que nos espera; eso que necesitábamos leer para continuar por este sendero de rareza, vértigo y desconocimiento. Vale la pena arriesgarse a recorrer estas páginas.

**Gerardo Robles**

